

860 - 31 (866) Uzcátegui
1199



Emitio Uzcátegui C.



EL HOMBRE QUE NO SUPO VIVIR

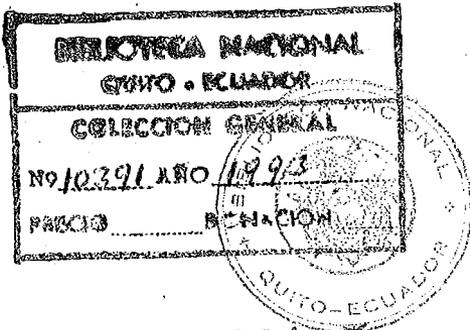
(HISTORIA DE UN INADAPTADO)

1925

EMILIO UZCÁTEGUI GARCÍA

EL HOMBRE QUE NO SUPO VIVIR

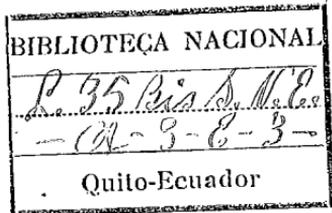
(HISTORIA DE UN INADAPTADO)



004784-J.

TALLERES GRAFICOS
DE LA PROBRACION ORRERA DE CHILE
Rio Janeiro 465
SANTIAGO

1926



EL HOMBRE QUE NO SUPO VIVIR.



El viejo caserón de los tiempos coloniales, pesado, monótono, casi arqueológico, se levantaba sobre una de las colinas que rodean una de las capitales de la América tropical.

Como en una plaza los edificios, así las habitaciones circundaban un patio destartado y guarecido de piedras puntiagudas.

De la docena de puertas que desembocaban a él, entraban y salían multitud de chiquillos aprestándose para el juego.

En su mayoría descalzos, maltrajeados y rotosos y en su totalidad sucios, organizaron alegremente su partida. El juego cobraba animación por instantes. Gritos de entusiasmo saludaban cada acierto en la puntería de las bolitas.

En los altos, caballeritos no salidos aún de la infancia asomaban sus rubias cabecitas por entre los barrotes del pasamano y sufrían en su prisión, desesperados ante la prohibición de no mezclarse con los chiquillos indecentes de abajo.

Hacia una de las esquinas, sentado sobre un cajón, otro muchachito, cuya fortuna no le permitía vivir en los altos para jugar con los chiquillos de arriba; pero lo suficientemente decente para no confundirse con los de abajo, sufría también en su soledad.

Su madre, tan pobre como orgullosa, no le permitía traspasar el umbral de sus habitaciones, conde-

nándolo de esta manera a entretenerse solo. Las rentas de su infeliz mamá, por más que trabajaba sin descanso de la mañana a la noche, no le alcanzaban para una alimentación suficiente y con grandes sacrificios le permitían el pago del alquiler del pequeño departamento y un modesto vestir. El pobre chiquillo no disponía, pues, de los juguetes que lucían sus coleguitas de arriba. Su condición de "niño decente" en que se le había criado hacíaale más desgraciado que sus vecinos de abajo, quienes, careciendo de prejuicios, al menos contaban con libertad para divertirse en grupos.

Adolfito tenía que ingeniárselas para divertirse en los momentos que no ayudaba a la mamá en sus quehaceres. La vida hizo de él, desde sus primeros años, un pequeño constructor. Encerrado en sus piezas, las horas que no asistía a la escuela o que acompañaba a la calle a su buena mamá, las dedicaba a fabricarse cochecitos con cajas de cartón y con ruedas de carretes de hilo o cajas de pomadas para zapatos. Otras veces, sirviéndose de tablas suspendidas con cordeles, se fabricaba, sobre una de las paredes, estantes en los que depositaba cuantos frascos y cajas podía coleccionar. Esto era su botica.

El trompo, las bolitas, la pelota y otros juegos que requerían ser practicados fuera de las piezas, poquísimas veces o nunca llamaron su atención a pesar de que disponía de tales juguetes. Casitas para muñecas, arregladas bajo una mesa, absorbieron las horas de ocio de su niñez.

Esta vida sedentaria desarrolló su tendencia constructiva que hallaba estímulo en su familia y amigos que aplaudían sus trabajos. Casi no dejó campo por explotar: globos aerostáticos, juegos pirotécnicos, buques y cuantos objetos veía o leía, pues desde temprano ya fué para él un gran placer la lectura.

Paralelamente desarrollábase también la tendencia a coleccionar objetos. Durante buen número de años tuvo la manía de recopilar libros, postales, láminas de cajas de cigarrillos, al mismo tiempo que boletos de tranvías, entradas de teatros, cordeles, programas de espectáculos, hojas volantes, clavos, alfileres, revistas, etc.

Después el fanatismo religioso de su familia y del ambiente le decidió por los altares. Trapos, cabos de velas que se procuraba en alguna sacristía con cualquier lego conocido, estampas, medallas y cruces le servían para la construcción de su templo, en el cual oficiaba el santo sacrificio de la misa con todas las solemnidades, ritos y liturgias que mil veces había observado en las iglesias católicas. Una pollera vieja, un manto o pañolón fuera de uso le servían de tela para la confección escrupulosa de cuantos hábitos y ornamentos eran de rigor y que tantas veces los había examinado en sus visitas por las sacristías a donde la devoción de la mamá le enviaba a fin de que aprendiera a ayudar a misa. Casulla, estola, manipulo, cíngulo, alba, amito, nada había quedado sin observación y eran fielmente reproducidos en la casa.

Así pasó su niñez recluído como un Robinson en el islote de su reducida familia.

Su único hermanito, grande ya, frecuentaba un colegio de segunda enseñanza y a consecuencia de su diferencia de edad—unos ocho años—raras eran las ocasiones que participaba en sus juegos.

Una tía suya, bastante entrada en años, únicamente llegaba a las horas de almuerzo y comida, ocupada el día entero en una escuela del barrio.

Y ésta era toda la familia de Adolfito. Su papá no había muerto; pero para el caso daba lo mismo. Vivía en la misma ciudad; más equivalía a que habitara los antípodas.

Adolfito, hijo de un amor no patentado por la ley, sufría las consecuencias de la moral social. El engaño de que fué víctima su santa madre, debía ser purgado también por él. Su padre, joven coronel, retirado de la milicia, capitalizaba las ganancias de su librería y papelería, sin recordar jamás que sus amores fueron fecundos y que en otro lado de la ciudad había un hijo que conocía el hambre y la desnudez.

Entrado a la escuela, la madre de Adolfito no había tenido cómo sufragar los gastos de libros y útiles. Por suerte, la Municipalidad de aquella ciudad tenía la santa costumbre de proveer de libros y útiles a los niños de la Escuela por ella sostenida, que era la frecuentada por Adolfito. Pero un año, las ren-

tas disminuyeron y tan benéfica costumbre hubo de suspenderse. Este fué el momento en que Adolfo, a los diez años, tenía que ir a hablar con su papá por primera vez. Hasta entonces sólo lo conocía de vista y le era un extraño.

Ni su mamá ni él habrían querido dar semejante paso; mas, la necesidad de completar la educación obligaban a cualquier sacrificio. Resignadamente, aunque con miedo, el pobre chiquillo se encaminó hacia la librería de su papá a solicitar algunos cuadernos, lápices, gomas y al menos un libro de lectura. Más le habría valido no dar semejante paso. Una rotunda negativa fué la respuesta. Y desde aquel momento se convenció que era huérfano de padre, mientras la pobre madre al recibir la confirmación de sus presentimientos vertió abundantes lágrimas de indignación y de dolor.

Meses después, una orden del Gobierno que había hecho negocios con la Librería de su padre, puso a Adolfo nuevamente en su contacto. Esta vez, docenas de lápices, lapiceras, gomas, tinteros, libros, pizarras, papeles, cuadernos y aún esferas y mapas geográficos le fueron entregados tranquilamente para la Escuela de su tía.

A partir de este día, nunca más en los años que le quedaron de vida a su progenitor volvió a hablar con él.



Por aquellos días, los rumores de una guerra con el país vecino, artificiosamente propalados por el Gobierno con fines mezquinos, infundieron nueva vida a la capital. Las tropas de línea fueron conducidas a la frontera y para reemplazarlas empezó el acuartelamiento de los civiles. Persuadidos o violentados en sus sentimientos pacíficos, todos los mayores de 18 años fueron acuartelados. Los que no acudían por su propia cuenta, eran forzados en la calle o en sus casas por soldados encargados de reclutar gente.

Antes de una semana la militarización era completa y la ciudad semejava una zona de ocupación en los primeros momentos de invadida. Para demostrar la capacidad bélica del país, el domingo por la mañana hizose un monstruoso desfile de la tropa de línea que quedaba y de los numerosos y compactos batallones de reservistas. Una densa muchedumbre de mujeres, niños y ancianos contemplaba el desfile de soldados. Perdido entre el inmenso gentío, Adolfito permanecía estacionado en una de las esquinas de la rúa, anhelante de divisar a su hermano que marcharía en el Batallón Universitario, para el cual había sido designado en su calidad de estudiante.

La ley que autorizaba la conscripción comprendía únicamente a los mayores de 18 años; pero para bien poco servía encontrarse en la niñez en una atmósfera militaresca que todo lo llenaba. No cumplía

aún doce años, cuando los ímpetus guerreros profanaron la escuela que frecuentaba el niño, convirtiéndola en cuartel. Adolfo y sus compañeros de los últimos años de la Escuela Primaria hubieron de arrojar los libros y cargar pesados fusiles. Clausurados los Colegios secundarios y universitarios, la juventud estudiantil se transformó en vulgar gente de tropa. Los escolares, los primarios, es cierto, no fueron acuartelados; pero daba lo mismo por las largas caminatas con el Máuser al hombro, por la frecuencia y brutalidad de los ejercicios, por la férrea disciplina a que estaban sometidos bajo la autoridad de cabos y sargentos sin el menor barniz cultural.

La infeliz madre, con toda la experiencia de sus largos años, que no había logrado dominar la ingenuidad de las almas puras, empapaba en lágrimas las costuras, las ollas, los utensilios de sus múltiples industrias domésticas. Ignorante de todos los manejos políticos, veía inminentes los horrores de la guerra que fatalmente tenía que arrebatarle sus únicos sostenes, sus solas esperanzas, su exclusivo cariño, sus hijos.

La guerra no se declaró, ni tenía por qué declararse. Mas esa paradójica paz armada, paz belicosa por todos ensalzada había de serles funesta. Sus presentimientos de madre a quien se mutila en su ser, robándole un hijo, pronto hallaron justificación.

El miércoles, Arturo, hermano mayor de Adolfo, comió temprano y se dirigió al cuartel, advirtiendo de que no volvería esa noche, pues le tocaba hacer la guardia.

—No vayas, hijito, ¿no ves que puede pasar algo? prorrumpió amargada la madre.

—Es que no hay más remedio. Tengo que ir. Hay que sacrificarse por la Patria.

—¡Maldita Patria! ¿Qué te da la Patria? Cuando tú necesitas qué comer y qué vestir, ¿te da algo la Patria?... La Patria, la Patria... puras molestias y sacrificios para los pobres. Bonita cosa!, unos tienen que mortificarse para que los demás se diviertan. Los de arriba declaran la guerra y nosotros tenemos que ir a morir. No, mi hijito, yo no te dejo ir. Bueno está con que pases metido todo el día en el cuartel; pero ¿la noche?... eso sí que no! Ya está bueno para molestias!

—Ud. no sabe esas cosas, mamá. La Patria es lo más sagrado, lo más alto, lo más noble. Hay que defenderla aunque le cueste a uno la vida. Por otro

lado, ¿qué me va a pasar en una noche con sólo estar de centinela?

—¡Ay!, Dios mío! ¿Cuándo se acabarán mis martirios? Esos bandidos tienen la culpa de todo... No quisiera que fueras, hijito.

—¿Qué les parece, no sería mejor que fuera yo a reemplazar esta noche a Arturo!, interrumpió candorosamente Adolfo.

Arturo sonrió, mientras la mamá replicaba:

—Cállate, chiquillo; tú menos que nadie.

—Queden tranquilos, nada pasará, mañana volveré a la hora de almuerzo y ya no me tocará la guardia hasta después de muchos días, dijo Arturo y se despidió resueltamente.

Cuando Adolfo volvió de la Escuela al siguiente día a las doce, Arturo aún no había llegado. Desde hacía rato, el almuerzo estaba listo para servirse; pero había que esperar a Arturo. El reloj del campanario vecino daba las horas, las medias y los cuartos, remarcando la angustia de la madre. Mientras tanto, Adolfo daba una pasada más a sus lecciones de la tarde. Estaba por sonar la campanada de la una, cuando la madre se resignó a hacer que Adolfo almorzara solo a fin de no atrasarlo a la Escuela. Por ella no había cuidado. Ya lo haría con su hijo a la hora que llegara.

En menos de diez minutos despachó su comida el chiquillo, y salió disparado hacia la Escuela con un atado de libros bajo el brazo.

No bien hubo atravesado el patio y llegado al zaguán, una señora de la vecindad lo detiene cariñosamente de un brazo participándole la triste nueva:

—Su hermanito ha muerto. Un compañero de la guardia le ha disparado anoche dos tiros. No vaya a la Escuela. Puede ser que su mamá lo necesite.

El niño no acierta qué decir y prorrumpe en amargo llanto.

--No, Adolfito, cálese. No llora. Va a oír su mamá. Cuidado. Entre aquí; después voy a ver la manera de avisarle a su mamá. ¡Pobrecita! Cuánto va a sufrir.

• Cuando al cabo de dos horas—en las que pasó del llanto al sollozo y del sollozo a la serenidad reflexiva—se le dejó salir del encierro, regresó a su departamento y se halló nuevamente solo. Su infeliz madre había sido notificada de su desgracia y voló a abrazar el cadáver de su hijo.

Sólo cañda la noche regresó al hogar para llenarlo con sus lastimeros ayes.

Un llanto morbosó, pocas veces interrumpido, al cual se entregaba su madre, obró por reacción embotando la sensibilidad del chiquillo, llegando pronto a desagradarle. Y a esto había que añadir el luto ultrariguroso que imperaba en las habitaciones. Sobre cuadros y retratos pendían velos negros que sólo dejaban percibir siluetas nebulosas. A las blancas y clarísimas cortinas de mallas se superpusieron tenebrosos cortinajes; los muebles ocultaron su rojo vivísimo enfundados en paños funerarios. Convertido así el departamento en una de las salas de tormento del Santo Oficio, los fugaces momentos que se le permitía salir a la calle significaban para Adolfito un goce positivo. Es así como terminó por odiar lo negro, el luto, los lamentos. La muerte fué para él, desde ese momento, lo que realmente es, un fenómeno lógico, natural, irremediable y como tal no tenía por qué arrancar lágrimas y ennegrecer las viviendas. De buena gana se habría vestido de verde, de rojo, de amarillo clarísimos.

Al siguiente día los periódicos de la capital concordaban en los elogios del "pequeño héroe inmolido en aras de la defensa de la Patria"... sí, en defensa de una Patria que no había sido atacada por nadie,

como no fuera por sus propios gobernantes, sus verdaderos enemigos.

¿Cómo había muerto Arturo? No en un combate ni en una escaramuza. Una bala disparada a boca de jarro por otro compañero de guardia, le atravesó el cráneo, haciéndolo rodar por la larga escalinata del cuartel. La Patria amenazada había devorado sus dos primeras víctimas. Un joven muerto hacía la desgracia de un hogar y otro, el victimario, empañaba el honor de otra familia con un asesinato, del cual no era responsable. El criminal, el bandido, al cual se encerró en calabozos fríos y tétricos no tenía más culpa que el haberse entregado mansamente a la fábrica de explosivos. Sus escasos años, su inexperiencia le condujeron al asesinato.

Pero ¿quién podía estar para reflexiones? La sociedad necesita de víctimas para esconder sus podredumbres. El criminal no es el culpable. El ambiente que lo creó, las circunstancias provocadas por los gobernantes, esos son los verdaderos asesinos; pero las cárceles no se construyen para encerrar a la sociedad y a los gobernantes. Al contrario, son éstos los constructores y ellos mismos se encargan de producir los inquilinos que han de llenar sus malhadados presidios.

Para Adolfito, la muerte de su hermano Arturo significaba un paso más en su individualización. El pasaba a ser el centro, casi el jefe mismo de la reducida familia. Apenas bordeaba los doce años; pero su experiencia y su inteligencia le capacitaban, dentro de la situación que se le creaba, para influir decisivamente en la marcha del hogar.

Era tiempo de elegir una carrera. Factores hereditarios e influencias del ambiente en que se crió le condujeron hacia el magisterio. Ingresó a la Escuela Normal, en donde había de luchar empeñosamente hasta conseguir su título y con él un medio de ganarse la vida.

En un extremo de la ciudad, sobre una especie de altiplano de una de las colinas circundantes, alzábase el edificio de la Escuela. Una diferencia de declive de unos 20 metros, había determinado una construcción caprichosa y pintoresca, circunstancias que lo hacían de lo más antipedagógico. Ciertamente jamás se imaginó el constructor que alguna vez habría de albergar su edificio a un establecimiento educacional. La fachada principal no más alta de cuatro metros, no permitía pensar las enormes escalinatas de templos aztecas o babilónicos que había que vencerse para culminar a los cursos normales. Apenas la puerta de calle y el zaguán encontrábase al nivel de la vía. Una primera serie de gradas daba acceso a las oficinas y salas de clases de la Escuela Anexa que integraban el primer piso. Nueva gradería con-

ducía a un patio de recreo que constituía el segundo plano, comunicado con un tercero mediante nuevos escalones. El cuerpo principal del edificio, en donde se encontraban los cursos normales mostrábase al fondo casi lindando con la calle opuesta; pero para llegar a él había que gastar nuevas energías. El curso de Adolfito quedaba en el piso superior, en el tercero de ese minarete.

Ahí empezó también a ascender su espíritu librándose de los prejuicios, de las tradiciones y de las taras que hacían pesar sobre él, de un lado la herencia, y de otro, el medio.

Por primera vez se le hablaba de que a más de Cristo habían existido un Budha, un Mahoma, un Zoroastro, un Confucio, filósofos cuya influencia fué tan grande que llegaron a ser endiosados con el andar de los tiempos al igual que el Nazareno nacido en Belén y vulgarizado en el Mundo occidental. Los infieles, los herejes, contra quienes oyera tantos improperios, pasaron a ser hombres tan buenos o mejor dicho, tan malos como los santos católicos, apóstólicos y romanos. El catolicismo de Adolfo sufría un golpe, para recibir el cual ya llevaba alguna preparación. Veamos cómo.

Su mamá se esmeró por darle una buena educación; pero, por desgracia, creía que ésta comprendía únicamente los aspectos intelectual, moral y religioso. El acrecentamiento del vigor y las energías físicas no fué tomado en consideración en este programa. Todo el fervor de Adolfito fué encauzado a frecuentar la Escuela con toda puntualidad, estudiar todas las lecciones, hacer todas las tareas, leer cuanto papel estuviese a mano y rezar, ocupación, esta última, que, poco a poco, le fué siendo odiosa y que constituyó en gran parte la razón de su afición al estudio, pues la buena mamá a pesar de su excesivo celo religioso, daba más valor a la instrucción y al cumplimiento del

deber. Para librarse de los largos rosarios y letanías, novenas y triduos que constantemente se rezaban en su casa, Adolfo simulaba tener tareas y mientras su familia rezaba, se ponía a leer y escribir. No hay que advertir que nunca daba fin a tales ocupaciones mientras las prácticas religiosas no hubieran concluido. A veces esperábase para rezar; pero, como a tenacidad no habían de ganarle, terminaban después de un largo rato por aburrirse y rezar solos.

No pasó mucho tiempo sin que su catolicismo sufriera un nuevo quebrantamiento. Mientras cursaba el Segundo Año en la Normal, llegaron por casualidad a sus manos unos folletos de los Evangelios de San Mateo y San Lucas, y con ellos la noticia de que en uno de los barrios de la ciudad había una sala en donde se reunían los poquísimos simpatizantes que había logrado conquistar el protestantismo. Un compañero de curso le había indicado que la celebración del culto se verificaba a las 10, y como su curiosidad se había despertado lo suficiente, a la hora indicada del primer domingo siguiente estuvo dispuesto a iniciarse en el protestantismo. Como simpatizara con las doctrinas y pastores, agradándole también los himnos que ahí se entonaban, continuó asistiendo. Por cierto, durante los primeros domingos fué semi-católico y semi-protestante, pues, saliendo de misa, se dirigía a la capilla protestante, hasta que avanzando el tiempo, abandonó por completo el catolicismo.

Cuando católico, lo fué sincero y convencido de la verdad de las doctrinas. Después como protestante, profesó también con sinceridad e hizo cuanto estuvo a su alcance por defenderlo y propagarlo. Al poco tiempo de ingresado por su cuenta y riesgo en la Escuela Dominical de la Fe Apostólica, recibía en premio de su constancia e interés un bonito ejemplar de la Biblia y pronto, con motivo de un viaje, fué encargado de propagar la nueva fe. En una apartada

población de escasos cientos de almas, a donde fuera a pasar sus vacaciones, el chiquillo se situaba los domingos a la puerta de la iglesia y distribuía sus evangelios a la salida de la misa, provocando el escándalo de los fanáticos.

Sin embargo, su cultura e intelecto avanzaban, y antes de un año, convencido de la ineficacia, de lo absurdo y primitivo de las religiones, las desechó por completo. De esta manera, el incidente que formara su madre con motivo de haberle descubierto unos evangelios entre sus papeles, no tuvo importancia. Un carpintero intruso llevó el chisme ante la buena señora y púsola al corriente de las barbaridades del pobre chiquillo. Se trataba nada menos de que Adolfo asistía a una sala de **gringos herejes** en donde se escupía y daba de azotes a un crucifijo y en donde regalaban libros infernales, al decir de las gentes, aunque en realidad eran simplemente los cuatro evangelios. Inútil fué que el muchacho pretendiera convencer a su mamá. En materias de fe, no hay razones que valgan. No hubo más remedio que prometerle que no iría más por aquellos lugares y entregarle sus queridos folletitos, como táctica para conservar su Biblia y algunas noticias históricas referentes a la Reforma y a Lutero que aún no perdían su interés, como fuentes de información. Por fortuna el conflicto que habríase suscitado no tuvo lugar, pues, ya Adolfo comprendía que el protestantismo es tan tonto e inútil como el catolicismo; pero conocía la bondad de los pastores que le iniciaron en el nuevo culto y se indignaba al reflexionar sobre la ruindad de las columnias que se levantaban en contra de hombres tan buenos y pacíficos que más de una vez recibieron sin inmutarse feroces pedradas lanzadas a sus cabezas por los bondadosos y tolerantes prosélitos del catolicismo. Aquellos hombres, los más cristianos entre los cristianos, azotando la imagen de Cristo!

Demasiado joven era Adolfo; pero ya se daba cuenta de la maldad humana, atrozmente manifestada en la intolerancia religiosa. Muchas de las experiencias estaban todavía frescas: en su presencia y saliendo de misa de doce, esos santos católicos, con Papa infalible y que habla con Dios, apedrearon al Pope Julio.

Más aún. Había recibido una lección en carne viva. La campana mayor de la Catedral de la ciudad, a las ocho y media, que es el momento en que el sacerdote que oficia la misa alza la hostia, estremece los aires con tres potentes sonos, y como en las tierras musulmanas a la señal del Radamán, los fieles rinden homenaje a su Dios. Las señoras póstranse de rodillas y los caballeros descubren sus cabezas. Adolfo ya no creía en las famosas campanadas y no se quitaba el sombrero; pero tampoco se reía de la ridiculez de las viejas. Respetaba las convicciones de éstas y seguía tranquilamente su camino; pero, en más de una vez, alguna beata que salía de tragar media docena de hostias y de rumiar otra media de misas, se abalanzaba furiosa y daba con violencia contra el suelo el sombrero del "chiquillo infernal", lo cual sólo conseguía debilitar más y más su fe.

De aquel fárrago de creencias, llegó un día en que sólo conservaba las de Dios y del alma, que suponía no las había de perder jamás. Un profesor que lo

conocía y vislumbraba sus avances le dijo una vez: "Va a ver cómo antes de un año no cree Ud. ni en Dios". Adolfo respondióle que jamás llegaría ese día, no obstante lo cual llegó. Aún no recibía su título cuando era un ateo de principios y de verdad.



Poco antes de que la pubertad despuntara en Adolfito, la vida política de su país le brindaba la más impresionante de las lecciones que había de recibir en su vida. Una de las tantas revoluciones o pronunciamientos militares, a los que estaba ya habituado en sus trece años de vida, acababa de estallar y llegaba a su período crítico, había reducido a dos de los alumnos que integraban su curso en la normal. Frecuentes triunfos y reveses de las fuerzas constitucionales mantenían los ánimos en continua zozobra. La noticia de una formidable derrota de los revolucionarios alternaba con la de un rápido avance que situaba al enemigo en las inmediaciones de la capital. Más de una vez se dijo que al amanecer del siguiente día harían su entrada los revolucionarios, posiblemente para pretender justificar los acuartelamientos en masa que se verificaban en aquellas noches.

A los días de ansiedad y alarma sucedían períodos de calma. Una de esas noches, los alumnos de la Normal fueron citados para ir a ensayar unos coros después de la comida. Venciendo las resistencias de la mamá que todavía no se atrevía a permitir la salida de su hijo por la noche, llegó Adolfito a la Escuela.

Con toda tranquilidad se verificaba el ensayo,—pues, nada presagiaba lo que ocurría allá afuera en la ciudad,—cuando llega desesperada la madre del chiquillo para tratar de llevarlo disfrazado a casa. Circu-

laban serios rumores de que los revolucionarios se encontraban a pocos kilómetros de la capital y el gobierno constitucional se veía en la necesidad de usar de los últimos recursos para defenderse. La orden del acuartelamiento era amplia y severa. Patrullas de soldados a las órdenes de sargentos y oficiales recorrían la ciudad dejándola desierta. Apenas escaparon de ir a dormir al cuartel las mujeres y los niños demasado chicos.

La fresca y dolorosa experiencia que le dejara la muerte de Arturo aumentaba las inquietudes de la ultrasensible señora que ya veía inminente la pérdida de su otro hijo. Quiriendo librarlo de las garras del cuartel, corrió en su busca tan pronto se dió cuenta de la situación y se empeñó en disfrazarlo de mujer para llevarlo a casa libre de peligros. Ruegos, lágrimas, enojos ni amenazas fueron capaces de convencer al chiquillo. Harto sentía ver sufrir de esa manera a su madre; pero nada hay más grande que el orgullo de hombre de que hacen gala los niños cuando están alrededor de la pubertad. Por más que no simpatizaba gran cosa con la guerra, prefería mil veces ir a dormir al cuartel que cubrirse cobardemente de polleras. Por fortuna, presentóse una solución al conflicto. El profesor de música de la Escuela lo era también de un regimiento, y en calidad de tal usaba uniforme y tenía graduación. Su estratagema fué aceptada por todos los muchachos. Saldrían en grupos dirigidos por el profesor y simularían una de las tantas comisiones reclutadoras. Así consiguieron atravesar la ciudad y llegar a salvo a sus casas, habiendo logrado más bien divertirse a costa de algunos medrosos que les huían creyendo que iban a ser apresados.

Al día siguiente, los diarios daban cuenta de que la conscripción forzada no había alcanzado a prestar sus servicios, pues los insurrectos habían sufrido una

derrota decisiva con la captura de los principales jefes del movimiento.

La nerviosidad halló tregua, y pronto la ciudad entró de lleno a su normalidad. Hechos prisioneros los cabecillas, la paz parecía reinar en todos los ánimos.

El próximo domingo, sentados a la mesa, Adolfo y su mamá oyeron las doce campanadas del mediodía, con la apacibilidad con que suenan en los tiempos coloniales de las poblaciones que no habiendo abandonado su aspecto pastoril intentan ser ciudades. A los sonos de la campana sucedieron numerosos disparos y a éstos lejanos murmullos de muchedumbres irritadas. Dieron por terminado el almuerzo y corrieron a la puerta de la calle en busca de noticias que apagaran su inquietud.

En rápidas carreras se cruzaban las gentes en demanda de las esquinas. Sin detenerse a responder y en frases entrecortadas, los más asequibles dejaban entender que acababan de llegar los prisioneros y que no bien introducidos al presidio eran ferozmente acerbillados a balazos y mutilados a cuchillo por la población ebria de sangre y de venganza. Los murmullos y las descargas tomaban cada vez mayores proporciones y parecían aproximarse.

Mientras la madre vertía abundantes lágrimas por la suerte de los infelices prisioneros, presa de la curiosidad, Adolfo corría a encontrar la muchedumbre. Tan pronto llegó a la bocacalle se le presentó un cuadro de horror: un desfile de harpías y endemoniados en danza salvaje alrededor de sus víctimas. Dirigiendo la satánica procesión, alzábanse banderas de la Patria izadas en astas empuñadas por manos de

antropófagos, y luego panteras disfrazadas de mujer que, atados a gruesos cables arrastraban los cuerpos descuartizados y espantosos de los desdichados prisioneros. Tras los cadáveres horriblemente deformados, la horda de caníbales prorrumpía en gritos infernales y levantaba muy en alto bastones y paraguas con los diabólicos trofeos: la oreja de un general, un fragmento de chaleco de otro, un pedazo de camisa de un tercero.

Adolfo lloraba de impotencia y de vergüenza. Nunca creyó que el hombre fuese tan salvaje y sanguinario. Sus lágrimas divisadas por un depravado le hicieron acreedor a una recia bofetada que le hizo caer sin sentido sobre las piedras del pavimento. Sus últimas sensaciones fueron el golpe y la voz del energúmeno: "toma, mocososo, para que vuelvas a llorar la muerte de estos bandidos herejes!" Varios hubieron de pasar por encima del chiquillo derribado hasta que un anciano asomado a la ventana de su casa lo levantó y dió de beber un vaso de agua.

Vuelto en sí, no atinaba si regresar a su casa o seguir a la poblada. Pudo más su curiosidad y corrió en pos de aquella. Cuánto se arrepentía después de haber llegado hasta ese maldito campo de las afueras de la ciudad! Ante sus ojos se reproducían con toda viveza las atroces prácticas de los salvajes que sólo creía propias de épocas remotas. De entre seis compactas multitudes ascendía densa humareda. Los gritos de "Viva la Religión! Viva la Patria! Abajo los herejes! Mueran los radicales!", atronaban los espacios y casi apagaban los disparos. Un olor raro de bencina, grasa y carne asada se esparcía por los aires y horrorizaba a los curiosos, cuyos nervios no habían sido embotados por el canibalismo del ambiente. El achicharramiento de los cadáveres humanos envenenaba la sangre de los antropófagos, despertaba instintos ancestrales y aumentaba su ferocidad. Eran inu-

chos los que se aprestaban a danzar sobre las cenizas aún calientes!

Las hogueras fueron extinguiéndose, y ya caída la tarde entre la oscuridad que se acentuaba en el inmenso campo, brillaban los últimos destellos del fuego alimentado por la grasa de las víctimas y por los combustibles rociados con depravación inaudita como último ensañamiento. El espectáculo tornábase más y más espeluznante. Entonces hizo su aparición un santo Obispo que venía a predicar el amor y la misericordia a los fieles de su grey!

Adolfo no pudo contenerse ante aquella ignominia y prorrumpió en nuevo llanto. Con cuánta más razón se arraigaba su arreligiosidad, su ateísmo! De haber Dios ¿podía permitir semejantes crímenes? ¿Podía ser bueno un Dios en tales condiciones?



La educación que recibiera Adolfo en el seno de su familia no fué completa ni con mucho, pues, su mamá y su tía cuidaron tan sólo de la parte intelectual y moral, talvez creyendo las únicas importantes para la vida. Antes bien, no poco hicieron por ahogar en él cualquier tendencia al desarrollo físico. Más que él lloraba la mamá cuando los numerosos cuidados que se le prodigaron, eran incapaces de impedir que su cuerpo diera en tierra.

En contraposición al célebre y libre Emilio Rousseau que juega, salta, corre y se agita constantemente en su vida intensa, Adolfo, durante sus primeros años, en nada pudo ejercitar sus escasas fuerzas físicas.

—Adolfo, te vas a caer, no corras.

—Adolfo, no juegues, no saltes, no levantes esos pesos.

—Adolfo, no te muevas; no hagas nada.

Y Adolfo para nada se sirvió de su energía física, como no fuera para comer, dormir y algo más que las buenas señoras no se atrevieron a prohibirle. Poco antes de ingresar al cuarto año de la Escuela Normal, todavía necesitaba que le peinara la mamá y pocos meses antes de entrar por primera vez a la Escuela Primaria, al decir de las personas que le conocieron en tal tiempo, daba evidentes señales de ser un buen mamífero.

Esta educación, basada en el excesivo cuidado de los padres por limpiar las últimas piedrecillas del camino, hizo de Adolfo a edad temprana una especie de niño de gabinete. Porque Adolfo a los cuatro años ya sabe leer y se lo ha enseñado su mamá; a los cuatro y medio ya asiste a la Escuela y memoriza lecciones de Geografía Universal y durante toda su infancia se dedica a ocupaciones más o menos serias.

No obstante su inteligencia clara y la cantidad de conocimientos que había adquirido en ocho a diez años de estudios continuados, o posiblemente, a causa de esto mismo, era un inadaptado. Frente a las realidades de la vida, no atinaba qué hacer con el binomio de Newton, los centenares de teoremas de Geometría, las Guerras Púnicas y Médicas, la clasificación de las proposiciones, las coplas de Jorge Manrique o las Eglogas de Garcilaso. Tanto como lo era de bueno en su calidad de alumno, lo era de malo en cuanto hombre que tiene que actuar en sociedad. Retraído, tímido, insociable; pero fervoroso devorador de libros, hallábase la pubertad con el complejo y crítico despuntar de las pasiones,

Cuando bordeaba los 14 años, Adolfo empezaba a gozar de ciertas libertades que, poco a poco, se le habían ido concediendo. Ya podía salir cuando quería; pero siempre indicando el lugar a donde iría y la hora a que volvería, datos que, por cierto, pocas veces coincidían con la realidad. Sólo entonces empezó a conocer el mundo, la vida real, y como el amor sexual hiciera su aparición, su psicología sufre serios trastornos. Muchos de sus actos comienzan a ser guiados por el amor de una mujer.

Frente a la Escuela Normal vivía una joven más o menos de su edad, que también frecuentaba la Normal de señoritas, cuyo edificio, por rara coincidencia, alzábase precisamente frente a la casa de Adolfo. La figura fina y elegante de la chiquilla, su tez sonrosada y fresca, sus relucientes y dorados cabellos, terminaron por impresionarle vivamente en los repetidos encuentros a la entrada y salida de clases.

La pasión brotó con el ímpetu de la primicia, y un enamoramiento febril concluyó por posesionarse del colegial. Hasta entonces, nadie más puntual que Adolfo para llegar a su casa o a la Escuela; nadie como él para estudiar las lecciones, llevar las tareas y atender a sus profesores. Destruída la quietud de su espíritu, esforzábese por mostrarse sereno y tranquilo; empero los nervios resistían todo control y todos



sus actos dejaban traslucir pena, inquietud, desasosiego.

En casa, al mirar su mamá el desgano en la comida, preguntábase cariñosa:

—¿Qué te pasa, hijito? ¿Por qué no comes? ¿No te gustaban tanto antes estos dulces? Algo debe pasarte, ¿por qué no me cuentas?

—Nada, mamá; no tengo nada, eran las únicas respuestas del chiquillo.

Y pasaban los días, y se repetían las escenas y diálogos. En la Normal, preguntábase también los profesores: ¿Qué le habrá ocurrido a este joven que no está tan bueno como antes? Ciertamente, Adolfo contestaba en sus clases; pero no con la lucidez de otros tiempos.

Contrariamente a sus hábitos, salía temprano de su casa y llegaba atrasado a ella. Oro tanto ocurría en sus clases. El bruseo cambio del chiquillo provocaba las cavilaciones de su mamá y de sus maestros. Mas, ni una ni otros hallaban la clave. En la casa se optó por la hipótesis de una enfermedad al corazón que precisaba de distracciones para su restablecimiento, y a ella se acogió con gusto Adolfo, pues esto le significaba mayor libertad para salir a paseo, o, mejor dicho, para salir a mirar a la niña de sus amores. Sólo en los fugaces momentos que le tocaba encontrarse con la chiquilla, brillaban sus ojos de contento, para volver a apagarse y sumirse en la meditación.

Su amor era intenso, hondo; pero su apocamiento le circunscribía en el ciclo del platonismo más puro. Toda la estrategia de su conquista se reducía a miradas lánguidas o candentes y a tenaces y cándidas persecuciones callejeras. No atinaba otra cosa que seguirla a la distancia, con algún amigo, a la casa, a la Escuela, al templo o al teatro. En vano leía "Fascinación o éxito en el amor", "El arte de conquistar mujeres" y otras publicaciones de esta laya. Tampoco

co se atrevía a aprovechar los consejos de los amigos. Dejó pasar los días y los meses sin decir una palabra a su amada. Y esto era lo que más le entristecía. Su naturaleza, su educación, quien sabe qué fuerza le provocaba esa especie de afasia motora en presencia del objeto de sus amores.

Mudo, sufrido y resignado con el silencio que le imponía su espíritu de inadaptado, conservóse hasta el fin. Al tiempo tocó la tarea de ir extinguiendo paulatinamente ese amor no declarado.

Iniciaba el cuarto año de la Escuela Normal cuando Adolfo era elegido por el Gobierno para ir a perfeccionar sus estudios en Chile.

Aunque mucho había soñado con ir a estudiar a Estados Unidos y Alemania, acogió la designación con gusto, pues bien valía la pena aprovechar la oportunidad esta vez que tan a su mano se le presentaba. Además, hacía bien en pensar que la realización de este viaje no podía ser un obstáculo para más tarde emprender sus ansiados viajes.

Feliz de ir a conocer tierras, embarcóse con rumbo a Valparaíso. Su imaginación bastante curiosa e investigadora no se daba descanso en las semanas de viaje. Como el barco era caletero, cada día tenía ocasión de conocer nuevos puertos y no tuvo tiempo para aburrirse.

Muchos libros había leído y muchos le habían hablado de la tristeza que embarga las almas de los que abandonan su tierra; pero en realidad él no sentía la nostalgia que prescriben los cánones a todos cuantos viajan por el extranjero. Renovando el paisaje, conociendo nuevas gentes, visitando nuevas ciudades, posesionándose de nuevas costumbres, cambiando a cada paso el panorama, no hay lugar para afligirse ni pensar en lo que se deja. Adolfo olvidaba el pasado y se entregaba al porvenir. Su ideas se concentraban en llegar a Chile y perfeccionar sus estu-

dios, para entonces regresar a su país y servirlo. La nostalgia pasó a ser para él una palabra más o menos literaria.

La observación de la vida de a bordo, en donde se patentizan más y mejor las injusticias de la vida, lo empujaba hacia otra clase de pensamientos. La cuestión social que hasta ese instante de su existencia había permanecido vedada a sus ojos, manifestábasele por primera vez y sus complejos problemas le eran enunciados, sin dejar entrever una solución en su cerebro extraño todavía a tales sensaciones.

El problema religioso lo había resuelto ya. Sus estudios y la vida lo llevaron al ateísmo.

Restábasele ahora interesarse por el problema social, estudiarlo y tomar sus posiciones. Entraba indudablemente en un nuevo período de vida, acaso el más áspero y difícil de todos.

Por todos lados injusticias, desigualdades irritantes. Al centro del vapor hileras de camarotes con cuantas comodidades se pueden exigir dentro de las, en todo caso, molestas condiciones de un viaje. Piso alfombrado, luz en abundancia, ventiladores eléctricos, espejos, mullidos sofás, limpiezimas literas, agua en bundancia; salones para bailar con piano y viétrola; para fumar, con naipes, dominó, damas y ajedrez; para leer, con libros en varios idiomas; comedores artísticamente arreglados con exquisitos y abundantes manjares. A uno y otro lado, anchas y extensas avenidas con escaños y **chaises longue** para el paseo y descanso de los viajeros. Por todas partes, mozos listos a satisfacer los caprichos de la gente de cámara.

Hacia la popa, relegados a lo último del vapor, aislados del resto de los viajeros como inmundos leprosos, una masa compacta de hombres, mujeres y niños, gallinas, plátanos y bultos. La cubierta del buque, con ese hacinamiento de cuerpos, ropas, alimentos y bultos, más seméjaba una feria de aldea que transporte para pasajeros. Apiñados los niños sobre sus madres, las madres sobre sus esposos y éstos sobre los bultos, daban la impresión de un campo de batalla, momentos después de terminada ésta.

A nadie importaba la suerte de estos infelices sin un mal camastro y sin otra comida que una mezcolanza de verduras y legumbres, desperdicios que se

les ofrecía como único plato. Caballeros de anteojos y largas barbas con gruesos puros entre los dientes y con los pulgares en las sisas de los chalecos, exhibían ricas cadenas sobre sus vientres prominentes, en sus paseos por delante de la línea divisoria de la cubierta. Elegantes damas con vistosos **jerseys** y provocadoras cofias en la cabeza, hacían la merced de permitir que los vapores de Coty y Roger y Gallet se expandieran más allá del límite de sus pertenencias. Jovenzuelos con trajes irreprochables, de abultadas corbatas, gruesos anillos y brillantes calcetines de seda, semi-guillotizados por altos y rígidos cuellos, desfilaban entre los menesterosos sin dar una mirada de curiosidad. Burguesitos de 5 a 10 años corrían de uno a otro extremo de la embarcación, alborotándola y exhibiendo sus bicicletas, cochecitos, muñecas, caballos, y huyendo de los andrajosos hermanos del otro lado de la valla, carentes no ya de juguetes lujosos, sino aún de lo indispensable para su sustento.

Fría como la tarde, su alma permanecía solitaria entre el bullicio de los pasajeros que subían y bajaban por las cimbrantes escaleras del vapor. La tranquilidad de la bahía parecía la de un lago. Cristalina e inmóvil, semejaba un espejo. De cuando en cuando, una gaviota descendía a turbar la apacibilidad.

Los botes, unos tras otro, empezaron a abandonar los costados del buque y pronto el coloso de los mares era el único habitante de aquella modesta caleta.

Las nubes fueron descendiendo hasta que la cordillera, cubierta de un blanco manto, desapareció. La niebla cubrió las escasas casitas con velos cada vez más densos, y llegó el momento en que, tras ligero parpadear, se cerraron esos ojillos titilantes que iluminaban el caserío.

Los pasajeros, uno a uno, fueron encerrándose en sus camarotes. Tristemente embelesado en ese acabamiento de la vida, quedó Adolfo con sus codos aficados al pasamano de la proa, sosteniendo la cabeza que parecía querer caerse bajo el peso de los mil pensamiento que se agolpaban, agigantándose con la misma potencia con que los gases se expanden.

La estridente sirena del vapor que anunciaba su partida vino a sazarle de semejante ensimismamiento. El barco empezó a moverse cadenciosamente, avanzando con audacia y rompiendo ese abismo de tinieblas.

Aterido de frío, su organismo sufría estremecei-

nientos y convulsiones epileptiformes. Pero obligado por el paisaje de soledad absoluta de que quería gozar su cerebro, se sentía clavado y no podía moverse.

Dos horas se mantuvo así, dominado por extraña magia, hasta que el frío y la neblina que arceciaban le decidieron a entrar en su camarote.

Su compañero dormía profundamente y su sueño contribuyó a prolongar su soledad. Displicentemente fué despojándose de sus vestidos, se acostó y pronto el sueño le sumergió en la nada, apagando los últimos destellos del cerebro.

¡Oh, nada como el sueño para disipar las penas!
¡El sueño! El sueño es la única y verdadera felicidad,
como que es la cesación de la vida.

Un ruido sordo de cadenas y un brusco movimiento del barco le despertaron. Era muy temprano; pero la animación crecía. La pesada ancla descendiendo en los abismos pretendió arrastrar al barco; pero el coloso era demasiado fuerte para ser vencido tan fácilmente. Se mantuvo en su sitio; pero hubo de estremecerse despertando a la multitud de parásitos intrusados en sus células.

Como las lagartijas atraídas por el calor del sol, los pasajeros iban desalojando los camarotes y salían a bañarse en los rayos de un magnífico sol que empezaba su ascensión. El coloso permanecía inmóvil. En su busca venían multitud de lanchitas y botes que luego lo alivianarían.

Las grúas y las escalas entraron en animación. Por enormes bocas de uno y otro lado, el monstruo arrojaba bueyes, cerdos, barricas de cemento, cabezas de plátanos, jabas repletas de gallinas, sacos de azúcar, toneladas de carbón..., representantes de los tres reinos de la naturaleza eran desplazados con violencia de las entrañas del monstruo para ir a desplomarse con estrépito sobre misericordiosos lanchones dispuestos a recibir cuanto se quisiera depositar en ellos. Los hombres, orgullosos con su papel de reyes de la creación, por sí mismos proclamados, descendían cómodamente por las escalas, mientras dolorosos mugidos acusaban quebraduras de empujes en formida-

bles choques contra el macizo de acero, carnes machucadas contra los bordes de los lanchones, extremidades fracturadas en bruscos y torpes descensos, baños involuntarios de animales martirizados en toscas maniobras.

Descongestionado ese enorme vientre, albergue de las heterogeneidades más grandes, empezó a nacer la calma. Entonces, cuando todo lo hubo contemplado, Adolfo se despidió de la embarcación y la abandonó con rumbo a la ciudad.



Oscurecía ya en aquella tarde de Marzo cuando el tren avanzando por los polvorientos extramuros llegó a la Estación Central de Santiago.

El pito sonaba cada vez más sordo y estridente. Hombres con linternas de mano iban y venían de un vagón a otro. Los pasajeros alistaban sus equipajes y arreglábanse sus vestimentas. La velocidad de la marcha disminuía pausadamente. Segundos después el tren hizo su entrada en la enorme nave y se detuvo entre compactas columnas de gentes que parecían escoltarlo en los andenes.

Porta-equipajes de casacas verdosas y rojas gorras hicieron irrupción en los carros, abriéndose camino a viva fuerza entre la oleada de padres, esposos, hermanos o amigos que luchaban por ser los primeros en estrechar en sus brazos al viajero querido y esperado. Por las ventanillas empezaban a caer en los andenes: maletas, cajas de sombreros, canastillos de frutas, ramilletes de flores.

El gentío espeso y apiñado, en rápido desfile nacía la puerta de salida, comenzaba a ralear. Perdióse el último pasajero, y la amplitud de la estación impresionaba en la casi soledad en que yacía.

Al pié de la escala de acceso al vagón, junto a sus maletas, Adolfo miraba en torno suyo tratando de descubrir a su Cónsul que iría a recibirlo. Como no se conocían uno a otro, el encuentro hízose difícil y

sólo pudo verificarse en ese momento en que hallándose solos y movidos por un cierto presentimiento o, mejor dicho, premonición, acercáronse y diéronse a conocer.

Abandonaron la estación. La amplia y extensa Avenida de las Delicias con sus acacios floridos y sus alegres guirnaldas de luces daba una magnífica bienvenida y conquistaba las simpatías del estudiante. Los minutos que ocupó el auto en hacer su recorrido al hotel fueron de un positivo deleite.

Dejándolo instalado en el hotel, se despidió el Cónsul y quedó de volver al siguiente día por la mañana para conducirlo a la Escuela Normal, en donde terminaría sus iniciados estudios.

Al otro día era recibido con exquisita amabilidad por jefes, profesores y estudiantes.

Comienza una nueva etapa de su vida.

Al partir de su país, el espíritu de Adolfo, sediento de libertad, abandonaba las cadenas opresoras del hogar y entraba a gozar de lleno de la soñada autonomía. Empero ésta había de durar poco. Su ingreso a un internado apenas significaba un cambio de cadenas. La plena liberación de su yo estaba distante todavía. No es que el establecimiento estuviese manejado por un régimen más severo del que impera en los demás. Antes bien, podría contarse entre los más suaves. Sin embargo, se trataba de un internado, de una institución que, dada su índole, no es otra cosa que una simple e imperfecta adaptación de una cárcel, cuartel o convento a hogar estudiantil. Otra cosa, harto distinta, habría sido si como en los Estados Unidos, cada profesor alojara en su casa tres o cuatro chiquillos con quienes compartir la vida de familia.

Mal que mal, Adolfo en su casa podía decirse que hacía lo que quería y, en verdad, jamás llegó a abusar de las libertades que se le toleraban. Aunque su mamá, preocupada de su salud, le dijera repetidas veces: "Acuéstate, Adolfito, ya es tarde, te puede hacer mal", cierto era que el muchacho al menos tenía libertad para escribir, estudiar, leer hasta la hora que

necesitara o que deseara. Acá, el internado le encadenaba hasta los afanes por ilustrarse y trabajar.

Jamás quiso mostrar su descontento; nunca pensó en rebelarse; antes bien, hizo cuanto pudo por adaptarse al nuevo régimen; empero, sufría en su prisión.

Campana para despertar, campana para levantarse... para asearse, para tender la cama, para tomar el desayuno; para entrar a clase, para salir de ella, para hablar, para guardar silencio...; campana para desvestirse, campana para acostarse, campana para quedarse dormido! Ese monótono y eterno **tan, tan, tan**, hacía muy dura la vida. Luego las formaciones para entrar y salir de clases, comedores, dormitorios, para llegar o salir de la calle. Cien formaciones al día, terminan por indignar al mismísimo Job!

Y las cosas no paraban ahí. Los internados cuentan con otras plagas tanto o más terribles: los inspectores, demasiado posesionados de su papel de espías y policiales. En dormitorios, comedores, corredores y patios estaba siempre alerta el ojo de ese personaje ubicuitero y horroroso.

Había algo más aun. El carácter retraído y poco sociable de Adolfo, hallaba un nuevo instrumento de tortura. Erale demasiado horrendo no poder disponer en toda la semana de un momento de soledad, de ensimismamiento.

A cada instante, en todas partes, sentíase casi anodado entre el hacinamiento de chiquillos. A la hora de desayuno, almuerzo, once o comida, sentíase aturdido con la algazara de diez o más mesas, cada una con su docena de famélicos en perpetua disputa por una **marraqueta** más grande o un plato de porotos más lleno. Los dormitorios, especie de almacigos de hombres, no eran lugar propicio a la tranquilidad: a derecha e izquierda, lo mismo que al frente, camas y más camas con gente que sólo **dormía** mientras pasaba un inspector; pero en cuanto éste desaparecía se entregaba

a batallas infernales. En las clases, en los recreos, a toda hora, los mismos chiquillos, las mismas multitudes robándole, mal de su grado, el derecho a su aislamiento.

¡Cuán alegre le sonaba, a las nueve, en las mañanas de los Domingos, la campana que anunciaba la salida a la calle! En cambio, qué angustiosos y trágicos los minutos que volaban vertiginosamente desde las ocho hasta enterar sesenta y dar las nueve de la noche, señal del enclaustramiento!

Los Domingos y festivos, en un rincón del Santa Lucía o de la Quinta Normal, se preguntaba por qué habían de ser así los internados, y procuraba resignarse contando los días que le faltaban para recibirse y recobrar la ansiada libertad. ¡A qué conducía tanto rigor y tanta tiranía? Indudablemente, la escuela tenía un director comprensivo y bondadoso que con seguridad no participaba de tales prácticas; más de un profesor demostraba también decisivos ideales libertarios que defendía con entusiasmo en sus clases. Sin embargo, frente a esta realidad, había otra igualmente fuerte: la minuciosa reglamentación de la conciencia, de la actividad, de la indumentaria, de la personalidad entera del interno. Para los fariseos de los tiempos de Jesús era un delito curar a los enfermos en Sábado, su día santificado; para el fariseísmo de nuestros días, encubierto por reglas higiénicas, constituía grave falta leer, trabajar fuera de las horas reglamentarias. Clausuradas mediante llaves las salas de clases entre once de la mañana y una de la tarde y entre cinco y siete de la noche, Adolfo tenía que esconder el libro que iba a leer después de almuerzo o comida, allá, oculto en un rincón de un huerto — como rapazuelo que engulle un dulce robado — por temor a ser visto por un inspector, el cual le habría confiscado el libro y castigado. Para el estudioso era anti-higiénico leer después de haber comido. Este era

el precepto que se repetía a cada rato y cuya vigencia se cuidaba con escrúpulo. Pero nadie podrá discutir que es mucho más peligroso jugar **foot-ball** en análogas circunstancias. Sin embargo, la cancha pasaba constantemente ocupada por los **foot-ballistas**, con la tolerancia de todos y el beneplácito de muchos. ¿No era acaso preferible que algún chiquillo hubiese — en caso extremo — muerto de tanto leer que no del abuso del **foot-ball**?

Otro tanto irritábale la ridícula disposición de usar sombrero hongo, impuesta a los alumnos sin distinción de edades ni condiciones. Había que ver los Sábados a las once el faranduloso desfile de muchachos agobiados de paquetes; pero con un rígido tongo en la cabeza! Eran muchas las personas que hallaban diversión en el espectáculo, y no les faltaba razón.



Las horas de clases y de estudio, como también aquellas que huyendo de las miradas de los inspectores y de las impertinencias de los compañeros, se entregaba a sus lecturas favoritas escondido entre bambúes y sarmientos, servíale de tregua a su martirio.

Tendido al suelo, devoraba libros y más libros y nutrióse su cerebro de ideas revolucionarias y de audaces concepciones. Con fruición saboreaba y asimilaba las magistrales páginas de Rousseau, Diderot, Voltaire, Schopenhauer, Haeckel, Darwin, Nietzsche, Tolstoy, Sergi, Ellen Key, Kropotkine, Hamon, Reclus, Büchner, etc.

Su espíritu, de suyo inquieto y anhelante de renovarse, despejábese más y más y arrojaba sin dificultad hasta el último prejuicio.

Encerrado en un internado; pero nutriéndose con los vigorosos pensamientos de los filósofos más atrevidos, su cuerpo físico se daba a diario cuenta de la opresión; pero su pensamiento volaba por los espacios, audaz y libérrimo.

Uno a uno incorporábanse en su ideología la transformación de las especies, el determinismo, el amor libre, la abolición de la propiedad privada, el pacifismo, la igualdad social y otros múltiples problemas de trascendencia que, con su anterior y antiguo ateísmo, resolvíandole las dudas más escabrosas, si-

quiera transitoriamente; pero, en todo caso, en forma racional y científica.

Repleto su cerebro de abundantes y nuevas concepciones, hallaba necesidad de expansión y comenzaba el comentario o la apología de algún autor o idea favoritos con algún compañero, quien, por lo general, no conociendo más autores que los de sus textos de estudio o algún novelista pornográfico, cerraba su entendimiento al nuevo ideario. Trabada la discusión, agriábase más de alguna vez; pero tenía la mágica virtud de atraer más y más compañeros, ante quienes explayábase Adolfo convirtiéndose en una especie de orador popular. En el grupo eran muchos los que le hallaban razón. Otros no se daban la molestia de reflexionar y jamás opinaron, ni a favor ni en contra. Pero a veces, algún **foot-ballista**, irritado por la enérgica condenación que hacía Adolfo de ésa y otras formas de embrutecimientos, desafiábalo a cachotearse.

La lectura de los filósofos y de algunos autores **energéticos**, marca Orison Sweet Marden, templaron el ánimo del muchacho, y tonificaban su voluntad. No temía las amenazas ni las maldades de los hombres que, al contrario, vigorizaban sus convicciones y le estimulaban a defenderlas con calor.

Pacífico por naturaleza y por convicción, sostenía que no hay razón alguna que pueda justificar un puñetazo u otro medio contundente de este estilo. Rechazaba los retos de los **matones** y dijésete de él lo que se dijera, no había fuerza que lo decidiera a cambiar trompadas con nadie. No es que sintiese miedo a nadie, pues, si alguien se permitía denominarlo cobarde por no haber aceptado un desafío, muy claro le manifestaba que podía pegarle cuando quisiera, que no correría ni esquivaría los golpes.

Así ocurrió una noche al final de una discusión, cuando un muchachote tan fuerte de músculos co-

mo débil de entendimiento lo instó a cachetearse, avergonzado de su derrota intelectual. Adolfo rechazó el reto; pero acompañó al energúmeno al fondo de la cancha. Frente al atleta cruzóse de brazos y díjole con toda presencia de ánimo: "Pégame y te convencerás de que no tanto tus golpes ni los de ningún bruto". Las manazas del orangután cayeron con furia sobre el rostro de Adolfo, quien se limitó a decir: "Aquí me ves. Ya sabes que no me amedrentan las bestias".

Los demás, incapaces de comprender una actitud semejante, reflexiva y filosófica, azuzábanlo a repeler el ataque, sin jamás conseguirlo. El razonamiento de Adolfo no penetraba en sus intelectos, fuertemente estropeados por los prejuicios y el culto de la fuerza física.

Repetidas veces exponiales, sin mayor provecho, su clásico ejemplo: "Si alguno de Uds. va por la calle— les decía— y recibe una coz de un asno, cerca del cual les tocara pasar ¿habría alguien que se volviera a contestar con un puntapié los desmanes del animal? Sin embargo, nadie hay tan cobarde como para tener miedo a un pacífico borrico. Pues bien, quien me pega es, para mí, un asno parado a la orilla de una vereda y al cual no me molestaré jamás en contestar sus golpes. En asuntos de bofetadas el humillado es quien las da por retroceder al estado de las bestias, y quien las recibe tiene tantos motivos para avergonzarse como si hubiese sido mordido por un perro rabioso o pinchado por un animal ponzoñoso!"

Ya lo sabemos, Adolfo no levantaba sus puños para convencer a nadie. Más, un día ocurrió lo inesperado. Uno de los mejores gimnastas y deportistas gastóle la paciencia tratándole de "afeminado". Provocando la admiración de todos, yérguese de su asiento y propina al bromista una sonora cacheta-

da. La sorpresa fué unánime; pero manifestóse más visiblemente en el **matoncillo** que nunca creyó ser golpeado precisamente por quien hacía pública fe de no trezarse a golpes con nadie. Contra lo que era de esperarse, el campeón no intentó dar respuesta.

La cachetada aquella, única que propinó en su vida, constituía una claudicación a su ideal, y esto le molestaba. Sin embargo, sirvió para demostrar que no le costaba nada ni tenía miedo de levantar su mano aún contra los tenidos como más fuertes.

El mundo escolar en que actuaba, vivo reflejo del ambiente total de una época y un mundo en que sólo se cotizan las fuerzas físicas con menoscabo absoluto de los valores psíquicos, gravitaba casi en forma aplastante sobre el idealismo de Adolfo. Su alma de selección habría querido resolverlo todo a base de concordia, de razonamientos. Los hombres entre quienes se debatía, fieles exponentes de la sociedad entera, no disponían de más argumentos que la violencia, los puños y las balas.

Una vez más sentíase inadaptado y no hallaba explicación al error de su nacimiento. Sus ideas, su moralidad, sus aficiones eran las que imperaban en planetas más evolucionados que la Tierra, las de un siglo 30 o 40.



Desde muy temprano manifestó Adolfo certeras inclinaciones hacia la música e interesóse por estudiar algún instrumento. No obstante, la ineludible ley del determinismo no le permitió realizar sus deseos hasta ya entrado en la adolescencia. Aprovechando la circunstancia de que la escuela tenía violines, uno de los cuales le fué prestado, entregóse con fervor al estudio de este instrumento.

No hizo el menor caso a quienes intentaban desanimarle. Pacientemente obstinábase en vencer las dificultades y poco a poco fué posesionándose de la técnica, hasta que un buen día, en un gesto de audacia, abordó una pieza de difícil ejecución.

El cultivo de la música era un verdadero oasis en la monotonía del internado. Las lecturas y la música hacían soportable la vida del enclaustrado.

Cierto día por la tarde, Adolfo consiguió permiso para ir a escuchar un concierto sinfónico. Las bellezas de Debussy, Wagner, Botodin, Rimsky - Korsakoff, cautiváronle hasta lo más profundo. La maravillosa ejecución de los "Murmillos de la selva" de Siegfried o "El encantamiento del fuego" y las "Cabalgata de las Walkyrias" estremecieron las últimas fibras de su sensibilidad. Qué de emociones sintió en aquellas dos horas de magia! Aquella noche Adolfo soñaba con la música. No hallaba nada superior a este arte, única razón de ser de la existencia.

Si no hubiera música, no valdría la pena vivir, se decía. Erase imposible conciliar el sueño. Las exquisitas y ricas armonías de la música wagneriana obsesionábanle. Motivos y frases musicales agolpábanse en su imaginación. Sufría un delirio febril que estremecía ese cerebro ávido de reposo. Por una ventana entreabierta divisábase una apacible luna de comienzos de primavera en afanosa lucha contra densos nubarrones, los últimos vestigios del invierno. Una mosca, aeroplano en miniatura, hacía evoluciones sobre su lecho en busca de un lugar de su rostro en donde aterrizar. Su floriqueo, recordando el ruido de la hélice, aumentando en intensidad, amenazaba el descenso. El gran reloj del internado, una a una dejaba oír las últimas horas de la noche y las primeras de la mañana...

Trastornado en su emotividad, Adolfo precisaba aplacar sus nervios. Oyó las dos y se levantó algo tembloroso por el frío y la emoción. Rebuscó los más escondidos rincones de la escuela, hasta que encontró un cabo de vela y corrió hacia su sala de clases. Las aldabas que defendían las ventanas ni las cerraduras de las puertas le fueron un obstáculo. A un fuerte empujón cedió una hoja de una de las ventanas. Por la abertura penetró a la sala, sacó su violín y empezó a tocar melodías y más melodías. Su especial condición de ánimo dióle bríos para ejecutar un intento musical suyo concebido en ese instante. Supliendo con la imaginación las imperfecciones de su pobre pero atrevida ejecución, se deleitó horas y más horas con sus amigos Chopin, Wagner, Grieg.

Al otro día, muy al revés de como lo hacía de ordinario, Adolfo era el primero de los estudiantes que concurría a la formación. Una a una fué recogiendo las impresiones dejadas por su concierto. Los espíritus vulgares e incultos protestaban por su delito de la noche pasada. Las almas de artista, las me-

nos entre esa muchedumbre **deportiva y foot-ballista**, aplaudían y consideraban feliz su ocurrencia. Los timoratos, mozos del servicio y alumnos provincianos, comentaban que el diablo había entrado en la noche a tocar violín en una de las salas de clases. Adolfo, como única respuesta, rióse de estos últimos, compadeció a los vulgares y abrió su corazón a los artistas.

Ya próximo a recibirse, en una noche de las vacaciones de Septiembre, un amigo le inició en el conocimiento del mundo y del amor sensual. En un hotelito de la calle de San Pablo habíale concertado una entrevista con una vendedora de amor.

La mujerzuela, a pesar de sus facciones agradables y de un cierto atractivo, no logró despertar los entusiasmos del novicio y éste, viéndose por primera vez solo ante una mujer de la cual podía disponer, no acertaba qué hacer ni qué palabra pronunciar.

Sentóse frente a ella a contemplarla a la débil luz de una lamparilla eléctrica de las primeras que se lanzaron al mercado. El, tan locuaz, discutidor e inteligente; él que tanto sabía de matemáticas y de filosofía, de literatura y de ciencias, no atinaba cómo conducirse!

La mujercilla, cuidadosa de su tiempo, rompió el silencio para preguntarle cuánto le iba a dar.

—Ud. dirá. ¿Cuánto quiere?

—Dame veinte pesos, chiquillo, y no seas tan bobo. Anímate, no estas en misa.

—Tome, repuso Adolfo, entregándole dos billetes de a diez.

—Bueno, chiquillo. Acostémosnos. Desvístete.

La mujer guardó los billetes en su media, a la altura de una liga rosada y en pocos segundos quedó

desnuda. Adolfo quitábase sus vestidos casi maquinalmente, mientras contemplaba las formas femeninas por primera vez descubiertas antes sus ojos. Hallaba apetecible a la hembra; empero no salía de su nerviosidad. Acostáronse muy próximos uno a otro; más ni las estudiadas caricias de la meretriz lograron despertar su virilidad.

Transcurrido un cuarto de hora, su amigo, victorioso en su fugaz amor con otro mujerzuela, le golpeaba la puerta para retirarse.

—Sí, ya voy, espera un momento, contestó Adolfo y se vistió apresuradamente.

Afuera, no se atrevió a declarar el difícil trance por el que había pasado.

Su amigo, créale ya más o menos experto en relaciones sexuales, de tal manera que dió crédito a su respuesta de que le había ido bien.

Más tarde, de nuevo en el internado, Adolfo rabiaba por su estúpida timidez y lamentaba las cadenas que a tales horas impedíanle poner en juego su vigor de macho. Qué tontamente había perdido sus 20 pesos! Recordaba que Honorius, hijo de Teodosio, pasó igual fiasco al lado de su mujer la primera noche de bodas; que igual ocurrió con Catulo el día en que Lesbia le concedió su primera cita y con Arnasis, rey de Egipto al lado de la reina Leodice; pero toda su erudición no lograba justificar su conducta en plena juventud.

Meses después, al iniciarse el verano, en fiesta solemne y concurrida, recibía su diploma de normalista con la más alta calificación. Con el término de su carrera, rompía una cadena más y quedaba ya dueño absoluto de sus destinos y de sus actos.

Aquellas vacaciones, libre al fin de toda clase de tutores, aprovechó su tiempo mucho mejor que bajo

el poder inquisitorial de los inspectores. Dedicóse a leer y estudiar a su gusto y capricho, sin descuidar el cultivo de la música. Dentro de los muros del internado, poco campo tuvo para conocer la vida en su forma real. Como una preparación para su conocimiento directo y positivo, dióse por primera vez a la lectura de novelas. Hasta entonces sus ojos sólo habían recorrido tratados de filosofía, de historia, de ciencias, de sociología y no había tenido tiempo disponible para las novelas. Entre muchos otros libros leyó "El Satiricón" de Petronio, "El Camino de Triunfo" de Vargas Vila, "La Sed de Amar" de Felipe Trigo, "Gamiani" de A. de Musset, "Afrodita" de P. Luys, "El Arte de Amar" de Ovidio. Tuvo también la debilidad de perder sus horas con necedades como "La Coquito" de Belda y alguna otra indecencia de Paul de Kock.

Aleccionado en el erotismo libresco, lanzóse a conocerlo prácticamente, y una tarde que paseaba por el centro, encontrándose con una linda francesita que daba vueltas por la manzana de la calle de los Huérfanos, comprendida entre las de Estado y Ahumada, animóse a dirigirle la palabra. Menudita, de ondulados cabellos rubios, vivos ojos azules y de blancura que competía con la de una limpísima piel de armiño, llamaba la atención de todos los transeuntes.

Aceptada la proposición de Adolfo, sabieron a un auto que en breves minutos los condujo a casa de ésta en la calle Aldunate, casi esquina de Lacunza. La francesita se llamaba Lili y le resultó de lo más simpática. Sin embargo, como le quedaban resabios de timidez, casi no se atrevía a tocarla; pero esa tarde sí que conoció los secretos de la sensualidad.

Nuevas entrevistas con su amiguita, diéronle confianza en sí mismo, de manera que otra tarde, dos meses después de la primera entrevista, el conocimiento adquirido en las veces que la repitió, lo tenía rep-

parado para nuevas emergencias. En efecto, al llegar a la casa de su simpática amigueta y saber que había partido para Valparaíso, ya disponía de medios y de valer para amistarase con otras profesionales del amor. Cada vez con más facilidad fué intimando con otras rubiecitas de nomenclatura gálica. Odette, Marcelle, Margot, Jeanne, Mignon, Ivette vendíanle sus caricias. Las francesitas llegaron a ser su especialidad.

Llegado el nuevo año escolar, Adolfo era nombrado profesor de una simpática escuela de la calle de la Recoleta. Con el entusiasmo del recién titulado que confía en el poder de la educación, el flamante maestro esmerábase en sus clases por más que para aumentar sus rentas trabajaba además en las noches en la escuela para adultos que funcionaba en el mismo local.

Trabajador y empeñoso como pocos, no se conformaba con la ruda tarea de su magisterio y aprovechaba los menores minutos en leer y practicar el violín. Su afán de perfeccionamiento llevóle más allá e ingresó a un curso del Instituto de Educación Física, cuyas aulas frecuentó aún en las frías mañanas del invierno, hasta que conquistó un título más.

Por aquella época un magno acontecimiento estremecía los cimientos de la actual sociedad; el sonoliento y pesado Imperio Moseoyita despertaba convirtiéndose en foco de las atenciones. Los ecos de la Revolución Rusa, llegaban hasta Chile y empezábase a oír por esta tierra voces extrañas que nadie entendía, lo que no era óbice para que todos las repitieran y repudiaran. Por todas partes se hablaba y escribía maximalismo, bolchevismo, bolchevi-

quismo, comunismo... Petrogrado (hoy Leningrado) pasaba a ser el eje del universo, y Lenin y Trotsky eran los bandidos de moda.

Adolfo leía casi todos los diarios de Santiago, hasta "El Ilustrado" y por sus noticias cablegráficas empezaba a tener nociones sobre nuevos hechos y nuevos hombres. Más de una vez leyó que los bolcheviques incendiaron Moscú, sin dejar salir mujeres ni niños; que en otra ocasión se decretó la muerte de cuantos poseyeran el título de ingeniero; que las mujeres pasaban a ser propiedad del Estado y que para poseer a cualquiera de ellas sólo bastaba presentar una papeleta con la autorización del gobierno; que se prohibía el ejercicio de la medicina y mil otras barbaridades. Naturalmente, su espíritu de hombre civilizado, rechazaba tanta atrocidad y optó por no querer ni siquiera oír nombrar a semejantes salvajes.

Un buen día la casualidad ponía en manos del joven preceptor el primer número de la revista "Cuasimodo". Un comentario sobre la Constitución de los soviets y el ideario bolchevique, escrito con admirable imparcialidad y buen sentido, fué como un faro que se levantaba en un océano de tinieblas. Sólo en ese momento vino a darse real cuenta de lo que ocurría en Rusia y de que los calumniados bolcheviques eran ni más ni menos que sus correligionarios, hermanos de ideal. Desde mucho antes de oír la palabra maximalismo soñó con la igualdad social, con la propiedad común, con una patria universal, con la abolición del privilegio. La esencia de sus convicciones era exactamente la misma y sólo faltaba rotularla. Aquella lectura reconcilióle con la tierra de los *mujiks*, cuyas danzas, música y literatura, bellamente exóticas, le conmovían. Sentía la misma satisfacción indecible del amante que ve comproba-

da la inocencia del ser que adora. Entonces dióse a la lectura de cuantas obras trataban la revolución bolchevista, logrando desentrañar en breve tiempo la verdad sobre el gran movimiento social.



Al finalizar el otoño un nuevo amor vino a amenizar la vida de Adolfo, y hallóle con algo de la experiencia dejada por el que no alcanzó a conquistar.

Durante las vacaciones, una maestría no titulada solicitóle la preparara para rendir unos exámenes y obtener la propiedad de su empleo. Joven, casi chiquilla, vivaracha, esbelta, de finas y graciosas facciones conquistaba las simpatías a primera vista. Desde el momento de conocerla, Adolfo sintióse atraído y hasta creyó comprender que, por su parte, tampoco le era indiferente.

No solamente sintió gusto en hacerle las clases gratuitamente, sino que, de ser necesario, aún habría ofrecido pagar por alcanzar esa dicha. Las clases diarias, prolongadas en agradables conversaciones concluyeron por afianzar la amistad, crear cierta intimidad e inflamar sus corazones huérfanos de cariño.

El amor que sentían uno hacia otro no era cosa que podía dudarse, sobre todo por parte de ella. Harto ostensiblemente buscábanse y conversaban horas y horas, sin preocuparse de los decires de la gente. Las más de las veces, la chiquilla, admirada de la falta de iniciativa amorosa de parte de un muchacho cuya inteligencia conocía de sobra, provocaba situaciones propicias a una declaración amorosa. Mientras recibía las lecciones o conversaba, con calculada intención juntaba sus rodillas a las del joven, rozábale

un muslo o tomábale de las manos. Adolfo estremecía-se en su dicha; pero obraba cual un paralítico. Muchas veces se le ofrecieron los labios de la muchacha en la encantadora actitud de una **Kiss me**; mas nunca se atrevió a juntarlos con los suyos. Para su maldito carácter lo que pudo ser su felicidad convertíase en un suplicio de Tántalo. Qué ansias de abrazar ese busto delicado y de besar esa boca insinuante y deliciosa! Sin embargo, faltábanle fuerzas para acometer esa empresa, cuyo éxito era de los más seguros. Su propia cortedad hacía perder las oportunidades más ventajosas; pero nada podía hacer.

Terminadas las vacaciones, la joven era aprobada en sus exámenes y dispúsose a regresar a su escuela. La última noche, al despedirse de Adolfo, entrególe una larga carta con la condición que la leería después de su partida y diéronse el adiós sin haber probado las delicias de un beso.

Bien sabía Adolfo, lo mucho que la joven lo amaba. La carta sólo vino a confirmar sus convicciones y a aumentar su desgracia. Era una declaración amorosa, apasionada, desesperante, casi trágica. Loco, dolorido y avergonzado renegaba de la maldita fatalidad que le impedía obrar conforme a sus sentimientos y se juraba reaccionar y triunfar en el amor lo mismo que en el trabajo.

Un tanto apagado el pesar de esta dolorosa experiencia, meses después, vagaba una tarde fría y nebulosa junto a las balaustradas del Mapocho. Entre los diversos paseantes con quienes tropezó, llamóle la atención una niña coqueta y risueña, cuyo garbo y picardía cantivaron sus afecciones. Al encontrarse, miráronse con interés. Pocos pasos después de cruza-

dos, el muchacho no pudo menos que volver la cabeza y, para contento suyo, sus ojos encontráronse con los de la chiquilla que le sonreía. Era el comienzo de un nuevo amor al que pensó asirse fuertemente y cuyas impresiones consignó noche a noche.

En el calendario íntimo del joven maestro leíase:

Mayo 21

Ha habido una fiesta en celebración del combate de Iquique. Todo el barrio se ha vaciado en mi escuela. Han aplaudido a rabiar las proyecciones de los retratos de Prat y Serrano, a la "Esmeralda" y al "Huáscar", al conferenciante y a los músicos. Pocos entendieron la conferencia, y a menos agradó la música. Al final han reído y aplaudido los disparates de un profesor con pretensiones de gracioso.

Mientras tanto, yo he atendido y contemplado a una chiquilla del barrio sentada en la segunda fila, casi tras de mí. Era la misma rubiecita que me encontrara aquella tarde a orillas del Mapocho. Nos hemos mirado fija y largamente. Hemos sonreído. Me atreví a saludarla al final como despedida, y según me imagino, hemos quedado buenos amigos. En seguida, me he acostado pensando en ella. El sueño ha respetado mis deliciosos recuerdos y he pasado la noche forjando mil ilusiones venturosas.

¡Qué feliz casualidad! He llegado atrasado al almuerzo, y en el camino he encontrado a la chiquilla con quien simpatizara ayer. Pero mi felicidad había

de ser enturbiada fatalmente. Un amigo con quien nunca ando se me ha juntado y me ha acompañado hasta mi casa. Estaba resuelto a hablar a la chiquilla; pero no pude hacerlo. La oportunidad se me ha escapado de las manos. Me acosté contrariado.

23

¡Nueva decepción! Creyendo encontrarla, llegué a la misma hora que ayer. Todo inútil. Esperé unos minutos y nada conseguí.

Al caer la tarde volvía a mi habitación, desvanecidas las esperanzas de un nuevo encuentro. Pausadamente avanzaba embebido en la lectura de "El Japón Heroico y Galante" de Gómez Carrillo. Encantado de la descripción del *yosiwara*, renegaba de las costumbres de occidente y soñaba con los goces orientales. Al levantar mi vista he divisado la silueta de mi chiquilla. También lee un libro, que me da pretexto para dirigirle la palabra. La he acompañado hasta la estación y he quedado de verla a las 7. Dos minutos antes llegaba a la esquina convenida, mientras ella se asomaba al balcón. He vuelto con ella hasta poco más allá de mi casa, o sea, hasta las cercanías de la suya.

24

Esta mañana, a la hora convenida, bajaba del carro Avenida España. Saludamos y nos dirigimos hacia nuestra casa. Los imbéciles del vecindario han echicheado murmuraciones a nuestro paso. ¡Para el juicio que hago de ellas!

25

Al anochecer encontré a Olguíta— este es su nombre — y he paseado muy contento bordeando el

ric. En un momento de soledad, creyéndome amparado por las sombras de la noche, me he atrevido a besarla.

26

En la tarde he visitado una casa de las más aristocráticas. Esta aristocracia me fastidia. He conocido a una literata pedante y vieja. Los aristócratas, esperanzados en un artículo que talvez escribiría para uno de los diarios, me han prodigado atenciones y me han ofrecido su automóvil para conducirme a mi casa. En el magnífico "Chevrolet" me ha acompañado un viejo de los más distinguidos. Es un idiota. Junto con nosotros venía un degenerado. Otro aristócrata. Apenas he hablado con ellos en la media hora de viaje.

Por estar entre aristócratas no he visto a Olguita. ¿Qué será de ella?

27

He esperado con ansiedad el momento de ver a Olguita. Desde un cuarto antes de las doce me he detenido en la estación de tranvías. Ha pasado un carro, en seguida otro, y otro, y otro... muchos carros. Olguita no ha bajado de ninguno. Con mis ensueños derrumbados, he resuelto ir a almorzar. He ingerido los platos a toda prisa. No la he podido ver en toda la tarde. Tras la comida salía a dar un paseo. Al frente en un escaño, divisábanse dos jovencitas; pero la oscuridad me impidió reconocerlas. Prosagué mi camino y al momento oí unas voces que me llamaban. Me acerqué receloso, con duda. La fortuna quiso que fuera Olguita acompañada de una amiga suya. Hablamos vaguedades y luego nos separamos.

¡Cómo se ve que estoy enamorado! Esta tarde ha habido un concierto maravilloso, y no he ido a escu-

charlo, yo que nunca faltaba! Absorto mi cerebro con la imagen de mi chiquilla, casi he muerto para el resto de la vida. Bien hizo Schopenhauer en reunir estas tres palabras: amor, mujeres, muerte!

Mi amor de hace ocho días, sufre un serio quebranto. Olguita no es la mujer con quien soñaba yo, ni soy yo para ella el hombre que esperaba.

Para enamorarse hay que ser un imbécil perfecto. La mujer o es pedante y falsa o gusta únicamente las conversaciones frívolas y las hipocresías de los cobardes. Frente a la vulgaridad y estulticia de las mujeres ¿qué valgo yo con todos mis conocimientos y filosofías? ¿Tienen alguna utilidad mi raciocinio o mis refinamientos? Maldita esta sociedad esclavizada por los formalismos, las vanidades, los prejuicios! Maldito yo que no me adapto a ella!

Para calmar mi aflicción he ambulado por los biógrafos. Fastidiado por la torpeza y perversidad de la película de uno he ido a caer en otro peor y luego he concluido por entrar a un **cabaret** a pasar las horas y mi fastidio. Los vapores del licor, el humo de los cigarrillos y la frivolidad de las musiquillas han arrebatado mi pena, que otra vez se ha enseñoreado de mi ser al salir y encontrarme nuevamente con las calles desiertas, frías y con densa neblina como en los cuentos de Gorki.

En la noche me he reunido con Olguita y he conversado monosilábicamente. La conversación ha decaído en cada momento. Olguita me ha reprochado que no la converso y se ha separado, creo que disgustada. ¿Qué le puedo conversar? Yo querría ha-

blar de música, de filosofía, de ciencias, de libros, del teatro, de las grandes ciudades, de las nuevas ideas político-sociales, de mil temas como éstos. nunca he abierto mis labios para ocuparme de la temperatura del momento, de los defectos de las personas conocidas, de ninguna vulgaridad. Se debe hablar para decir algo... ¡Oh!, es muy triste ser educado, tener altos ideales, diferenciarse de los demás. Los imbéciles, los frívolos, los charlatanes, los vulgares son los verdaderamente felices.

He ido con un par de amigos a un restaurant y una copa de cognac me ha prestado un poco de alegría. He hablado demasiado. He querido monopolizar la conversación. He sido interrumpido en más discursos. He dicho chistes, me he vulgarizado!... Mañana, si hablo con Olguita, lo haré entre las emanaciones del alcohol. El anti-alcoholismo es simplemente una **chifladura** de desocupados.

30

Todo el día ha llovido. Todo el día he pasado en mi casa. La mañana en mi cama, leyendo, y la tarde ante el atril con mi violín. ¡Quién pudiera vivir así todos los días!

Cada día ansío independizarme más. No tengo religión, partido político, tutores, apoderados, esposa ni hijos; pero me falta un cuartido aislado del mundo en donde vivir exclusivamente con mis libros, mi violín, mis cuadros y mis papeles.

31

Siento que me voy poniendo tonto. Es una lástima: pero es la verdad. Me han pedido sellos de correo dos personas a quienes no se los puedo negar, y me he visto obligado a perder más de una hora en

tamaño imbecilidad. Con razón dijo Rousseau que la sociedad corrompe al individuo!

Junio 1.º

He sentido necesidad de fumar. Parece que este vicio se va incorporando en mí. Es un vicio tonto; pero al fin y al cabo produce placer. Por lo demás, todos los placeres son grandes torpezas. El placer no reflexiona, se siente.

2

Tras algunos días de receso, he vuelto a ver a Olguita. Me ha hablado de sus amores con otro joven y he tomado la cosa al juego. Creo que es verdad; pero no me he indignado. Me he vencido a mí mismo. Soy un hombre superior.

3

No hay peor desgracia que ser educado y vivir en un mundo inculto. Los que hemos alcanzado cierto refinamiento sufrimos cuando las muchedumbres hallan intensos motivos de alegría. Para ser feliz hay que ser inculto.

4

Mi amor hacia Olguita se extingue. Deseo alejarme de ella. Esperaré la ocasión.

5

Olguita me ha mandado llamar y hemos quedado como antes. Me ha pedido disculparla y he tenido que aceptar sus ruegos.

6

He ido dispuesto a terminar nuestras relaciones. Hasta llevaba un discurso en la cabeza. Pero todo ha quedado en nada después de saborear sus labios en un beso interminable.

7

El amor es para los desocupados. He perdido un día. La mañana durmiendo; la tarde esperando a Olguita y luego paseando con ella.

8

Hay días como hoy en que me desespero y no sé por qué. He sentido ansiedad, angustia, tristeza, vacío, soledad... algo indecible.

9

He esperado en la esquina a Olguita y no ha venido. He consumido varios cigarrillos. Estos, la corriente de una cañería rota y la gente que pasa, me han mareado. Aburrido de esperar en vano, he vuelto a mi casa.

10

Nuevamente en la esquina esperando a Olguita. También he ido dispuesto a romper. Yo no tengo tiempo para esperar a nadie. Al fin ha venido a decirme que la espere en la noche a las 8 y media. Llegué al a cita con sobrada anticipación, y hasta las nueve no ha aparecido. No la esperaré ni la veré más. Me olvidaré de ella. Lo siento; pero debo hacerlo. No es la mujer que conviene a mi temperamento. Peor para ella. Ya sabré que anda con algún militar o algún otro desocupado. ¡Es mujer!



11

Varias veces ha venido Olguita a verme; pero yo no he querido acercarme a ella. Al fin se ha ido. Hemos terminado en definitiva.

12

He divisado a Olguita a la distancia. He lamentado la ruptura; pero está producida.

13

He sufrido muchas amarguras. Yo no debí nacer en este mundo. Los hombres, las prácticas sociales, las ideas dominantes me son adversos. Soy un inadaptado. Querría un mundo en donde vivir con los grandes locos, con Wagner y Beethoven, con Shopenhauer y Nietzsche.

Yo nací para ser alemán; pero el mundo conspira contra Alemania y contra mí. La pequeñez, la envidia, la incapacidad eternamente en armas contra los ideales elevados. Ser grande es ser desgraciado.

Soy sincero y valiente; por esto conquisto adversarios entre los mediocres. Soy de ideas nobles y grandiosas y por esto me atacan los imbéciles. Sólo son felices los embusteros, los cobardes y los cretinos. Hay que ser las tres cosas para triunfar en la vida. Y estos son los propósitos de cada hombre.

14, 15...

Los días van pasando como los soldados de un regimiento: estúpidos, monótonos, sin esperanzas de renovación. Muchos van desfilando sin dejar huellas. Olguita ya no existe para mí ¿a qué continuar entintando carillas?

Con la entrada del invierno llegaron a la capital maestros de los últimos rincones del país, convocados a un Congreso Pedagógico. El conocimiento de muchos de éstos sus colegas, constituyó para Adolfo un nuevo desengaño. Excepción hecha de unos pocos, jóvenes e inteligentes, jamás creyó que la educación de la niñez, el porvenir de la República descansaba en semejantes manos. Fatuos, reaccionarios, impermeables a toda idea que en algo divergiera de las que se habían fosilizado en sus cerebros en más de 20 o 30 años de no abrir un libro distinto de los de uso diario, hacía imposible toda conversación ideológica. Cada vez que Adolfo dejaba escapar de sus labios la palabra maximalismo ponían el grito en el cielo; si dejaba entrever su negación de Dios y del alma, abrían tamaños ojazos y apartaban sus mandíbulas en un ángulo de 90°; si decía que el amor a la humanidad no estaba reñido con el de la patria caían desmayados. Del amor libre no querían oír una palabra.

El espíritu amplio, la ideología avanzada de Adolfo estrellándose contra la intolerancia y neofobia de sus colegas provincianos. Cuántos disgustos, cuántas agrías discusiones con aquellos que debieron ser sus mejores amigos! Sin embargo, insultos, ni amenazas, lo hicieron callar jamás; pues, muy al contrario, complacía en hacerse oír por aquellos timoratos. Esto no

obstante, tenía sus momentos de amargura, de decepción. ¡No era posible que los maestros fueran así!

Una noche, a raíz de una violenta discusión, retirábanse insultándolo. Los había convidado a su casa a conversar amigablemente; pero su intransigencia hacía les salir como perros rabiosos.

Ya solo, Adolfo tomó su pluma y vació su cerebro sobre el papel en estos pensamientos empapados de orgullo:

“A mis contendores...

“Mis queridos amigos, no sabéis el bien que me hacéis al quererme hacer un mal. Me achacáis en las discusiones todo lo que hacéis vosotros. Decís que no quiero oír, que no quiero convencerme, que me enojo, y es exactamente esto lo que hacéis vosotros. Por más que os repito que todo es relativo, insistís en que hago afirmaciones absolutas. Agotáis los argumentos, si es posible llamar así a vuestras armas; y como es difícil que yo no encuentre para ellos una réplica incontestable, recurrís al insulto, a la grosería y hasta a la amenaza de golpes. Creéis atemorizarme, y cuán equivocados estáis. Tengo espíritu de sacrificio y soy capaz, no digo de recibir una ofensa o un golpe, la muerte misma, sin inmutarme. A una idea puedo sacrificarlo todo. A veces tengo la debilidad de ser prudente, y viendo vuestra ceguera me callo. Pero obro bien, porque sé que vuestro cerebro está saturado de ideas antiguas y no puede recibir otras nuevas.

En ocasiones, lográis herirme valiéndoos de malas armas y por poco no estallan mis ojos en lágrimas. Me conmueve vuestra obcecación; pero no quiero aparecer como cobarde. Podrías creer que lloro de impotencia, de derrota. Jamás. Eso no puede ser. Lloraría por el ideal; pero tengo que tragarme las lá-

grimas para no daros lugar a falsas apreciaciones y prefiero callar. Y el silencio me es provechoso: tengo lugar a pensar más y mejor. Me hierven las ideas con los sentimientos. La indignación, la cólera, la tristeza o lo que sea, el sentimiento que provocáis en mí es fecundo y valioso. O reacciono animalmente a golpes, o bajamente a insultos. Mi reacción se traduce en ideas.

Estas ideas serían perdidas si os las dijera, porque cesaría mi momento emocional y no pasaría de vosotros. Me callo, me remuerdo y luego desahogo sobre el papel, con lo cual me hacéis sin querer un gran bien. Lo escrito queda y así mis expresiones apolacípticas pesarán sobre una inmensa porción de hombres que las leerán después. Os agradezco. La Humanidad también os agradecerá y lo merecéis: habéis librado de la pérdida un caudal de pensamientos, de sinceridades".

El Congreso del Magisterio continuaba sus sesiones. Debatíanse de preferencia asuntos pedagógicos o relativos al mejoramiento general de la situación del preceptorado. Una vez, apenas, la juventud propuso debatir algunos problemas sociales; pero una mayoría reaccionaria acalló sus voces injuriándoles de antipatriotas, traidores, bolcheviques. Ahogáronse las voces de los renovadores, entre el chivaqueo de los viejos cargados de experiencia. Renacida la calma, los elementos más prestigiosos de la mayoría, cuya única ambición concretábase a una pronta y beneficiosa jubilación, lanzaron sus filípicas contra los ideales de fraternidad de la juventud. Hizose la apología de la fuerza, el elogio de la guerra y alarde de las virtudes bélicas. Adolfo, en el centro de los pocos compañeros que lo comprendían, ya estallaba en lágrimas. No alcanzaba a comprender cómo en el alma de maestros podía albergarse tanto odio. No era concebible suponer tanto trogloditismo, precisamente en aquellos cuya vida dedicada a los niños, debe estar impregnada de amor, de fraternidad.

Abandonó la sala y fuese a escribir su

"Proclama a los maestros del mundo"

"Maestros, profesores, catedráticos, oídme!

A todos vosotros que sois de mi gremio, me dirijo y os ruego, compañeros, me escuchéis.

No permanezcáis indiferentes, en cualquiera categoría en que os encontréis. Me dirijo a todos, tanto a los que enseñáis los más elementales conocimientos en un **Kindergarten**, como a los que desde la cátedra universitaria ponéis a vuestros alumnos al corriente de los últimos adelantos de la ciencia, del arte, de la filosofía.

Maestros, colegas míos, vuestra misión es de paz, de amor, de elevación. Vosotros sois los que modeláis el cerebro de las futuras generaciones, de vosotros depende el porvenir.

Sed hombres y si podéis sed dioses. No destiléis odio en vuestras enseñanzas, no prediquéis la guerra, ni los instintos salvajes sublimizados por el espíritu mezquino de los tiempos.

Sed sinceros. No digáis a vuestros alumnos nada que no lo practiquéis. No seáis hipócritas.

Sed valientes. No temáis que se os insulte ó injurie impunemente porque defendéis muy nobles ideales: estáis por sobre todos, cuando procedéis como verdaderos maestros, cuando vuestra inteligencia y vuestra emotividad se elevan purificadas por sobre los deshechos putrefactos de los defensores del actual régimen.

Sed abnegados. No vaciléis entre una miseria de hombre sano, honrado, activo, fulgurante de intelectualidad y de nobleza y una comodidad o semi-opulencia de hombre desvergonzado, hipócrita, sumiso, de intelecto turbio, de lengua amordazada.

Maestros, hermanos míos, el mundo os reclama y necesita de vosotros.

Sed dignos. No es este mundo corrompido, de bribones, criminales, necios y canallas el que os llama. Es el mundo de mañana, la inocencia infantil, la intelectualidad de la juventud, la supervisión de los genios y superhombres del presente, que se asfixian entre los miasmas putrefactos y las emanaciones ve-

menos de los cerebros envilecidos del resto de la actual humanidad, cerebros petrificados por culpa de vosotros, los maestros cobardes, ignorantes y débiles. En unos impedisteis que el cerebro fuera capaz de pensar en forma superior, y en otros, que esto lo dejasteis, fuisteis impotentes para contener en ellos los avances de la depravación y la maldad del ambiente.

Maestros, amigos míos, pensad, amad. Haced que vibren vuestros cerebros al estímulo de los más delicados ideales; haced que vuestro corazón expulse los últimos residuos de odio, que se hinche y si es posible, que su turgescencia de sentimientos nobles lo despedace, lo destruya. Que vuestro cerebro se agigante y agite, que se aniquile por las ideas. Es peor que estén vacíos o mal ocupados. Nada importa que desaparezcan por el ideal, por el amor.

Hermanos en la desgracia, la miseria os esclaviza, el estómago os encadena al actual régimen. Que os desaten, de un lado, el corazón, y de otro, el cerebro.

¡Oh, maestros! si no estáis dispuestos a predicar francamente el más abierto pacifismo, el más noble ideal, la amplitud y perfección de felicidad en igual suma para todos los seres, dejad de ser maestros y dejad de llamaros así, porque sólo sois víboras asquerosas y temibles, aunque sucumbiréis como sucumben todos los malvados.

Si sois abnegados, también tendréis que dejar de ser maestros, es decir, maestros rentados por el Estado, porque éste no os permitirá decir la verdad e inculcar el amor: por ahora, su misión es de odio y sus medios, el engaño y la perfidia. Pero seréis los verdaderos maestros y vuestra abnegación llenará el mundo.

Maestros del mundo, los que os sintáis honrados, sinceros, valientes y nobles, empezad vuestra misión, ya que antes, por siglos de siglos, no lo habéis he-

cho: predicad la verdad y el amor. Despreciad la renta y los fulgores de la actual sociedad y retiraos lo más lejos del mundo burgués y vivid en la naturaleza, ajenos a todo lo humano. En último caso, acabad con vuestra existencia, pues nacisteis muchos siglos antes de los que corresponden a vuestros ideales y sentimientos.

Y ahora, que me habéis oído, colegas míos, decid lo que queráis de mí. Nada temo, ni me importa. He cumplido mi misión. He dicho la más grande de las verdades. Puedo morir!”.

Auspiciada por el grupo “Ideal”, formado por maestros jóvenes, publicóse la proclama y distribuyóse con profusión.

Una de las hojitas cayó en manos de un señor diputado que con la indignación del caso la llevó a la Cámara decidido a provocar una interpelación.

Gobernaban a la sazón, los partidos llamados liberales, radicales y demócratas, o sea, la burguesía avanzada. El señor diputado, representante de los partidos de derecha, solicitó en memorable sesión la lectura de la hoja que llegara el día anterior a su poder y a la que calificó de incendiaria, demoledora, revolucionaria, subversiva, y a su autor, de ácrata, degenerado, criminal, loco, antipatriota.

Leída por el secretario la proclama, que, desde aquel momento pasaba a ser célebre, conquistando un mérito más y mayor popularidad, siguieron los improperios y las frases fulminantes, que como rayos brotaban de la boca de muchos señores diputados de la oposición. Se destituyó al maestro infame o sobreviniera la crisis ministerial. El dilema estaba planteado. De los bancos de la izquierda partían también voces de condenación; pero, en general, su liberalis-

mo no permitía verterlas muy sonoramente. El señor Ministro de Instrucción, miembro descollante del Partido Radical, autor de un Tratado sobre la Libertad de Expresión, masón, profesor universitario de Derecho Constitucional, irguióse ante la Cámara y declaró que el malvado autor de esa proclama sería exonerado inmediatamente de su puesto, tal cual lo merecía su infamia. Hizo una pausa para tomar nuevos bríos, profirió media docena de denuestos y agregó que se le procesaría por sedición.

Un silencio sucedió a su discurso. Entre las docenas de radicales, liberales y demócratas, no hubo una voz que defendiera la libertad de opinar. Las ideas básicas de los programas rodaron por los suelos. Mas, ¿qué importaba una insignificancia de esas, ante la salvación de un Gabinete, derrumbado al siguiente día mediante otra zancadilla mejor tramada?

La noticia de su destitución la recibió Adolfo con verdadero estoicismo. No le causaba la menor sorpresa, sino, por el contrario, conocedor de los hombres y de las cosas, hallábala lógica y naturalísima.

Se le quitaba la ocupación para la cual había nacido, para la cual había estudiado afanosamente largos años y a la que había ofrendado tantos sacrificios; pero no era para desesperar. Bien sabía que podía trabajar en cualquier otra cosa y que no moriría de hambre. Aún más, encontró las ventajas de la nueva situación. Al fin y al cabo, el trabajo a horas fijas e inmutables es también una cadena. Mientras hallara una nueva ocupación gozaría de una libertad más.

En ese trance, ocurriósele ir a conocer Buenos Aires, aprovechando su cesantía forzada. Era posible que hallara por esas tierras mejores oportunidades y quién sabe si le convendría quedarse allá. Y como al pensamiento unía la acción, inmediatamente puso en venta los pocos muebles de su pieza, cobró un dinero que le adeudaban por unos trabajos particulares y entregó por la mitad de su valor a un usurero los cuatro meses de sueldos atrasados que no le había abonado el Fisco en su oportunidad.

Ocho días después, sentado en un tren de segunda clase que se encaminaba a Los Andes, casi no creía en la realización de sus proyectos. Los amigos que

fueron a despedirlo también manifestaban sus dudas y casi estaban convencidos de que se trataba de una broma. Pero, minutos antes de las veinte horas, el tren se alejaba de Santiago internándose cada vez más en las tinieblas de la noche. Sujeto a la barandilla posterior del último de los carros, Adolfo iba viendo desaparecer las personas, los edificios, las luces. Apagábase el último rayo de una de las más intensas y persistentes luces de la ciudad, cuando entró a sentarse.

Iba triste y sentía rara inquietud, sin saber por qué. Ningún otro viaje había producido tal impresión. En un estado intermedio entre el sueño y la vigilia sumióse las cuatro horas de su viaje.

Justamente era la medianoche cuando el tren se detenía en Los Andes, en donde había que pernoctar para el siguiente día tomar el transandino.

No sabía dónde le convendría alojar. No tenía la menor idea de la ciudad de tránsito, así es que entregó su suerte a la casualidad. Un muchacho le condujo a un hotel cuya fachada estaba iluminada casi fantásticamente. Al menos, si se consideraba las tinieblas que lo rodeaban y que parecían cubrir toda la ciudad, cuánto lamentó después no haberse quedado a dormir frente a esa fachada. Entró y no pudo contener un gesto de asco al ver las piezas. Dijeronle que ésa era la mejor! Pero no había tiempo para perderlo en busca de comodidades para simplemente una noche. Se acercaba la una de la madrugada y el tren partía a las siete. Además, no había dormido el día anterior más de tres horas, ni se había propuesto viajar con el máximo de comodidades.

Con repugnancia se quedó, encargando al muchacho, viniera por su equipaje a las seis. La pieza estaba en un pasadizo extremadamente angosto como infinitamente largo, casi en el medio. Varias lampari-

flas eléctricas iluminaban el pasadizo; pero la pieza apenas tenía una miserable vela.

No quiso ensuciar sus ropas de dormir entre las sábanas de esa inmunda cama. Así es que se acostó encima de todo, quitándose únicamente los zapatos, la corbata y el cuello. Casi no durmió. Sacó un "Capstan" y lo prendió en la vela. Fumaba y sentía placer en observar las caprichosas formas que adoptaban las bocanadas de humo que se escapaban de sus labios. Apagó la luz. Volvióse para un lado y para otro sin poder conciliar el sueño hasta muy tarde.

A las seis en punto el dueño del hotel golpeaba su puerta para despertarlo. Algo de bueno debía haber allí. Ascóse lo mejor que pudo dentro de las incomodidades de ese cuartucho, y en cuanto hubo llegado el muchacho, salió apresuradamente por temor a quedar un día más en ese hotel. Rehusó el desayuno que le ofreciera el patrón, pensando en que sería tan bueno como la cama y pagó seis pesos por aquel suplicio.

Adolfo fué el primero en llegar al famoso Transandino, un tren casi en miniatura, de trécha angosta, con cremalleras y muchas otras curiosidades, a las que se agregaron a las siete, casi al partir, unos cuantos espáñoles.

Quiso aprovechar el consejo que le habían dado y sentóse al lado izquierdo. Gozó inmensamente con los paisajes cordilleranos. Los Andes presentáronsele en forma jamás imaginada. Encantábase contemplando los caprichosos penachos cordilleranos, sus grietas sinuosas y profundas, los fantásticos copos de nieve, las agujas y estalactitas que se forman en sus bordes, los graciosos hilos de agua que se precipitan de imponentes alturas, la majestad de las rocas andinas y mil bellezas más de esta prodigiosa cordillera. Su emoción recordábele la que años atrás sintiera al contemplar por primera vez el mar. La misma obra del hombre domi-



nando las asperezas del terreno, luchando contra mil obstáculos y sembrando de rieles las montañas en señal de triunfo, adquirirían para Adolfo especial importancia.

En realidad, el lado izquierdo le sorprendía cada instante con sus maravillosas fantasías. En cambio, el lado derecho!... ¡Qué lado derecho más malo! Sentada a su diestra, que llegaba a convertirse en siniestra, viajaba doña Encarnación, verdadera encarnación de la estupidez y en grado sumo. Era la suegra de una joven que, con su hijita, una niña de seis años, iba frente a ellos y no perdía ocasión para importunar a Adolfo con sus idioteces. Se dirigía a Buenos Aires a juntarse con el padre de la chiquitina, esposo de la joven e hijo suyo, o sea, el misterio de la Santísima Trinidad en su única posible explicación. Comieron durante todo el camino, bebieron ídem y molestaron más que en todo el camino, pues los efectos de sus molestias se prolongaron por varios días después de concluido el viaje.

Cada minuto ofrecían a la niña ya una galleta o pan con miel, ya un emparedado o una presa de gallina, ya una naranja o un plátano; leche, agua, huevos... Ya no hallaron otra cosa y la ofrecieron vino. La muchachita, defendida por la naturaleza, rechazaba instintivamente tantos ofrecimientos; pero ante la insistencia de sus martirizadoras, cedía y hubo de comer hasta hartarse. A pesar de las protestas de Adolfo, bebió más vino del que quiso y entonces acaeció lo que el joven había previsto y temía. Ahita, la criatura arrojó gran parte de lo que había comido y se echó a dormir cansada de tanto engullir y de distribuir puntapiés a los vecinos.

Adolfo no pudo soportar más y se levantó en definitiva de aquel maldito asiento sin haber conseguido que esas benditas señoras pudieran aprender la palabra túnel. Habían atravesado más de 20 de ellos y cerca de 40 con las casitas de zingue, como

llamaban a las construcciones de zinc levantadas para proteger los trenes y la línea de las avalanchas de nieve. Todos ellos daban oportunidad para hablar de los túneles; pero todavía seguían hablando de "qué socavón más largo" o "si ya vamos un cuarto de hora caminando dentro de este tonel".

De vez en vez, dominaban las impertinencias de estas damas chilenas, otras mayores de cuatro cotorras españolas. Nunca se oyó hablar más a persona alguna. Cualquiera creía que el tren iba lleno de un regimiento de soldados ebrios y parlanchines; pero sólo eran cuatro españoles quienes mortificaban en esta forma. Y las majaderías que cometían y las necedades que discutían! Uno porfiaba que las 7 P. M. significaba las siete de pasado mañana. Otro aseguraba con la mayor sangre fría que los kilómetros de la Habana eran mucho más largos que los de este camino. Y no se crea que hablaban en chanza. Sus bromas eran de otro carácter, mucho más estúpidas aún: asfixiar a todos los del carro dejando abierta la ventanilla de su asiento al pasar los túneles.

Por lo que hace al resto de los pasajeros, era gente sensata o al menos sabía simularlo bien.

Cerca de las 20 internóse el tren en las calles de Mendoza. Adolfo no había querido comer nada durante ese día y menos aceptar los obsequios de sus fatídicos compañeros de viaje. En cuanto se detuvo el tren trasladóse al nuevo carro y se dirigió al restaurant más cercano conducido por un chiquillo. Tras 26 horas de no haber probado un bocado ni una gota de agua, sirvióse como un desafortado varias viandas bien sazonadas y una botella de vino que se le trajo sin previo pedido y quedó completamente satisfecho. Al recibir la cuenta ascendente tan sólo a 90 centa-

vos argentinos y en un local decente y limpio, quedóse admirado.

El ferrocarril que conduce a Buenos Aires es argentino. Sus carros son más ascados y de mejor aspecto que los chilenos; pero bastante pesados para viajar dos días consecutivos con una noche de por medio.

El tren, en plena pampa, deslízase veloz e intrépido. A grandes distancias de uno y otro lado colúmbrase el horizonte. El cielo besa la tierra sin que la menor elevación del terreno turbe esa regularidad. Salvo los carbones inflamados que arroja en gran cantidad la locomotora, nada se distingue en la noche. En el día, caballos y vacas que pacen en la inmensidad. A lo lejos, divísase algo que parece ser un rodeo. De repente, nótase la presencia de algunos avestruces familiarizados con el ferrocarril. Los kilómetros se suceden monótonamente en la inmensidad. En cada minuto el tren devora uno.

Durante la noche el viajero ha sido despertado varias veces para mostrar el boleto. Su libreta está acribillada con agujeros de todas las formas, tantas son las veces que ha sido exigida. Por lo demás, ya está acostumbrado a estas molestias y a otras peores. El inspector de Aduanas, al llegar a la frontera ha hecho abrir los equipajes tan sólo para decir: está bien, pueden cerrarlos. La policía cordillerana, representada por un argentino de aspecto *cow-boyesco* ha solicitado los pasaportes repetidas veces. Y luego otros y otros individuos. Pasar a la Argentina asemójase, en cuanto a trabas, a franquear la muralla china o llegar donde el Dalailama en la fortaleza de Lassa. Y todo, ¿por qué? Sencillamente por miedo al bolcheviquismo. Y el bolcheviquismo cunde. Y los bolcheviques viajan con pasaportes y con toda clase de papeles exigidos por las autoridades. Adolfo ha con-

versado en el trayecto de Mendoza a Buenos Aires con cuatro de ellos, cuyos papeles estaban ajustados a las, más estrictas disposiciones.

Se han perdido los últimos destellos de la luz solar y la enorme pampa se ha cubierto de un manto de negrura. De no oírse el traquetco de las palancas y el frager de los fierros que rozan con violencia, creeríase un barco navegando en la inmensidad del océano. Los pasajeros han cerrado las ventanillas para protegerse del fino polvillo; pero su precaución es casi inútil. Arenillas microscópicas se filtran por las hendidias más diminutas y depositanse en capas sobre las ropas. Rendidos por las sacudidas del día, dispónense a descansar. Acomódnase lo mejor que pueden sobre los duros listones de los asientos y empéñanse en dormir. Cuéstales al principio; pero al cabo, ríndelos la fatiga y cierran sus sentidos a las excitaciones del ambiente. Los adinerados mientras tanto duermen cómodamente en los coches-cama, anexos a los vagones de primera. /

Por la mañana, unos primero y otros después, han ido desperezándose y extendiendo sus miembros doloridos por las incomodidades de una noche. Animales el consuelo de que esa tarde llegarán a la gran ciudad y dejan pasar las horas con resignación.

Es el mediodía. El sol arde como en pleno verano. La monotonía de la interminable pampa ha tenido un pequeño descanso: el agua ha inundado largas extensiones a uno y otro lado de la vía, cubriéndola en su mayor parte. Andamos por sobre un lago: la ilusión es perfecta. Unos flamencos revolotean-

do sobre la tranquilidad de las aguas lucen sus bellas formas y coloridos, contribuyendo a aumentar la ilusión.

Cuanto más se aproxima Buenos Aires, la población va siendo más densa y las estaciones se multiplican rápidamente. La gran pampa empieza a demostrar que es cultivada y la multitud de florecitas rosadas de los durazneros embellecen y alegran el paisaje. Luego aparecen interminables y nutridas hileras de luces. El tren en veloz caminata atraviesa calles repletas de vehículos. Estamos ya en la gran ciudad, y los pasajeros empiezan a desalojar los vagones justamente a las 19.

Entre el centenar de anuncios de pensiones y hoteles leídos en uno de los grandes diarios bonaerenses, decidióse por el siguiente:

"A Rivadavia 1063, hotel, piezas de dos a cinco nacionales: pensión a dos: \$ 150; a uno: \$ 180".

Consultado su plano, parecióle su situación inmejorable: en pleno centro de la ciudad, a una cuadra de la gran Avenida de Mayo y entre las calles de Pellegrini y Cerrito.

Instalado en una pieza barata, decente y con buenos muebles, procedió a arreglarse y a lavarse con toda comodidad, después de dos noches de no dormir.

Luego salió a la Avenida de Mayo a recorrerla esa misma noche. Ancha y extensa, con un pavimento irreprochable, ornada de hermosos edificios, con lujosos y abundantes candelabros sosteniendo cada uno cinco potentes lámparas, ofrecíase magnífica y deslumbrante. La soberbia capital argentina en sus días ordinarios ostentaba más luz que cualquier otra ciudad del Pacífico en las iluminaciones de las grandes fiestas.

El cosmopolitismo y la abundancia de riquezas ha hecho que la ciudad esté de gala todos los días. El continuo renovar de gentes y el espíritu comercial la han sembrado de juegos y diversiones. Por distintos lugares encuéntranse máquinas que por diez centavos prometen hacer mirar variadas escenas sicafín-

ticas: "Los secretos de la mujer", "Lo que hace la mujer al levantarse", "Los entretenimientos de las solteronas", "Eva saliendo del Paraíso", "El Sultán en el harém", alternando con escenas patéticas como el atentado anarquista al zar. A lo largo del paseo de Julio, famoso por los apaches bonaerenses, hay biógrafos y salones en donde dicen exhibir las más culminantes escenas de la Guerra Europea. Por otros lados, ruletas y máquinas ingeniosas para tentar suerte y perder monedas y más monedas con la vana ilusión de obtener a bajo precio cajas de chocolates o paquetes de cigarrillos. Más allá, salones de tiro al blanco, mecanismos para probar la fuerza y otras diversiones propias de una gran feria.

El extranjero y el provinciano novedoso ceden fácilmente a la tentación y en un dos por tres vacían sus bolsillos sin el menor provecho. Adolfo ha recorrido todos los lugares; pero no se ha dejado engatusar en ninguno.

Más bien se ha detenido con interés ante las vidrieras de un sinnúmero de pequeñas librerías, desbordantes de cromos y postales de buen y mal gusto. Así, todos aquellos libros llamaban su atención en cuanto a que su tema es invariablemente el amor o el socialismo, acaso comprobando que la Revolución y la mujer marchan en un mismo plano.

Recorriendo la ciudad, frecuentando los teatros, visitando museos y escuelas y concurriendo a centros obreros y estudiantiles, los días han pasado para Adolfo como los diversos tambores de una película.

Viva y memorable impresión prodújole el imponente aspecto de la alba pirámide levantada por los españoles en el cruce en las espaciales y limpiísimas avenidas de Palermo. No sólo es de admirar en

ella la espléndida ubicación y el buen gusto de su arquitectura, sino, por sobre todo, la nobleza de las palabras esculpidas en una de sus caras.

... y asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino”.

Innumerables teatros ofreciendo noche a noche abundante variedad de espectáculos para todos los gustos, desde la majestad de un “Parsifal” hasta la lascivia de chispeantes vaudevilles de los teatros con salones anexos para el baile, produciendo vivos deseos de quedarse para siempre en la ciudad del placer. Cumpliendo su programa de conocerlo todo, ya el aristocrático “Pigall”, en las vecindades del “Casino” de la calle Maipú con mozos elegantes y precisas mujeres regiamente ataviadas para la danza, ya un democrático hotelito para obreros en las inmediaciones de las bocas, se le pasaron los días con una rapidez asombrosa y acabábasele el dinero con aceleración incontenible.

Las grandes ciudades, Buenos Aires, como París, como New York, como Berlín, son maravillosas, miliunanochescas; pero exigen dinero para gozar de sus bellezas. Sin dinero conviértense en horrorosas, tétricas. Los millones de habitantes en continua asechanza se devoran unos a otros, y para salvarse no hay más armas que el oro. Sólo el que puede gastarlo a torrentes puede disfrutar los goces de las grandes urbes.

Cada lugar a donde iba, le quitaba moneda tras moneda. De repente, hallóse con que tenía estrictamente lo necesario para el regreso a Chile y optó por volver a Santiago. Habríase quedado en la gran ciudad; pero no atinaba donde buscar trabajo. A nadie



conocía y un invencible orgullo que él mismo se reprochaba su poder dominarlo, le impedía solicitar un empleo a gente que no conocía y que tampoco estaba al tanto de sus capacidades. En Chile era otra cosa: en cualquier lugar podía hacer valer sus certificados, sus antecedentes y además conocía a personas que sabían valorizar su trabajo.

De vuelta de su viaje a la Argentina encontró varias cartas y en ellas la noticia de la muerte de su papá y de un pariente algo lejano. Naturalmente, lamentó que se hubieran producido; pero no lloró ni quiso exteriorizar su pena. Procuró mejor serenarse y tomar las cosas con toda ecuanimidad. Deliberadamente rechazó todo cuanto se relacionara con el luto y continuó su vida normal, sin prestar atención a los reproches y murmuraciones de los amigos que se escandalizaban de la enormidad que cometía al no guardar el duelo de prescripción. Mas, ¿qué podían importarle las habladurías de gente esclavizada por la tradición y los prejuicios? ¿Acaso conducía a algo cubrirse de negro y verter abundantes lágrimas? Si llorando amargamente, desesperándose o vistiéndose de luto riguroso, resucitara alguien, aunque este alguien fuera un enemigo suyo, entonces sí que no habría tenido el menor inconveniente en llorar o vestirse de luto. Pero, por pura cobardía, por dar gusto a la gente, jamás!

Sus amigos, en su casi totalidad, timoratos y agobiados por los convencionalismos, no se conformaban con su conducta y provocábanle discusiones con el necio afán de convencerlo y hacerlo entrar en el rebaño de que formaban parte.

El ambiente de intolerancia que los rodeara desde la cuna, hacía les intransigentes aún en prácticas

que son de la exclusiva incumbencia de cada persona. Los más fanáticos exasperábanse ante la tenacidad de Adolfo y terminaban por recurrir al insulto.

A Adolfo gustábale la discusión, la que nunca rehuyó, y de esta modalidad de su carácter se aprovechaban sus amigos, cada vez que querían oírle. En su casa, en una esquina, en un paseo, en el foyer de un teatro, en un bar, en un café, sentado a la mesa, en donde se le presentara la ocasión, en cualquier parte que le provocaran, sabía defender con calor sus convicciones, sin importarle lo que pudiesen pensar de él los que le oyeran al pasar.

Cierta noche en que la casualidad había reunido a un numeroso grupo de amigos, un cabaret de las vecindades del Mapocho sirvió de escenario para una de las más memorables controversias en las que a diario tenía que debatirse el joven ex-profesor. Perdida entre las callejuelas que fluyen a la de Bandera, había una especie de cueva, difícilmente acreedora a la categoría de cabaret, denominada "En Panné", cuya situación, aspecto y desaseo hacían pensar en los arrabales parisienses.

Ahí, entre Oportos y Maltas, entre **Capstan** y **My Lord** alternaban la violencia de la disputa con la ejecución de diversos números de variedades. Por un estrecho tablado con pretensiones de escenario desfilaron artistas (?) de la peor especie: un cantante bisco, con cabellos enmarañados y facha estrafalaria; dos bailarinas semi-desnudas y sin pizca de gracia; una cuarentona que pretendía de graciosa a pesar de una enorme cicatriz de la cara, y una prostituta que cantaba desafortadamente haciendo gala de tosca lujuria.

Exasperados los ánimos con la insulsez del espectáculo, la discusión subía de tono y llegaba a la violencia.

Adolfo hablaba con vehemencia; pero sin apagar las luces de la razón. Antes bien, la fogosidad constituía en él un auxiliar del raciocinio, un verdadero adorno del pensamiento. Sus adversarios, con masas encefálicas brindadas a todos los argumentos y a todas las lógicas, no discutían, no ofrecían ejemplos, No presentaban casos, no hacían uso de la reflexión. Habían aprendido con sus mamás, en algunas de las hojuelas de la a sí misma llamaba Buena Prensa y en algunos catecismos y tratados de moral, unas cuantas palabras huecas y las presentaban como escudos o las lanzaban como proyectiles contra el vigoroso razonamiento de Adolfo. Esto cuando dejaban de mano el insulto, la calumnia o las amenazas.

Adolfo, de suyo sencillez, modesto, pacífico, reconcentraba su orgullo y exasperábase ante la maldad y la ceguera de sus contendores. Pero nunca llegó al grado que en aquella noche. En actitud fiera y amenazante, lanzando centellas por sus grandes ojos, levantóse, y vació sus pensamientos y sus emociones con rara elocuencia:

“Repetís tanto una media docena de palabras, cuyo sentido no conocéis, que tórnanse odiosas y abominables.

Voy a deciros lo que piensa un genio, un filósofo, un loco, un degenerado, lo que fuese. Quiero deciros lo que pienso yo.

La moral, el orden, el buen criterio, el sentido común... Idioteces, majaderías... Me río de la moral, del orden, del buen criterio, del sentido común. Ja, ja, ja, ja... Qué cosas más cómicas, más graciosas, más ridículas! Es para morir de la risa de sólo oír las pronunciar a los canallas, hipócritas e imbéciles que se alimentan de ellas. Ya no vale la pena reírse de Dios, de la religión, del alma, del patriotismo. Si ya me he reído tanto de todos estos absurdos y fantasmas fetichistas. Mis labios no se mueven ya pa-

ra ridiculizarlos y reirme; se fruncen en señal de desprecio. Pero quedan la moral, el orden, el sentido común, de los cuales todavía no me he reído lo suficiente y ya me están provocando un fuerte acceso de risa. Ja, ja, ja, ja... pero, qué gracioso!... Ríete Pedro, ríete Juan; reíos, todos los que oigáis estas palabras. No son para otra cosa. Las inventaron y las conservan los eunucos, los impotentes, los fracasados, los que todavía no pueden con su yo. Ellos son los únicos que se apoyan y necesitan hacerlo en sus inmúndos muros. Yo tengo sesos, yo tengo corazón y años me pertenecen por entero. Yo pienso con mi cabeza y siento con mi corazón. Yo puedo sostenerme en pie, sin mancharme en su porquería. Yo tengo ideas, yo tengo valentía: sólo yo puedo decir y hacer lo que me da la gana. Sólo yo puedo hablar la verdad. Sólo yo puedo vivir mi vida, sentir mis emociones, pensar mis ideas. Vosotros estáis atados por vuestra cobardía, por vuestra imbecilidad a fantasmas que nunca habéis comprendido y que nunca comprenderéis. Vuestra ceguera, sin embargo, es tanta, que no alcanzáis a vislumbrar la enorme grosería de vuestro error y habláis de la necesidad de la moral, del orden y del sentido común. Yo no tengo ni moral, ni orden, ni sentido común, y obro mejor que todos vosotros con vuestros dioses, almas, patrias, morales, y religiones. Yo no mato ni martirizo al más insignificante de los seres, yo no robo la menor de las miradas, no miento la mitad de una letra, no malgasto el menor de los segundos; defiendo al que necesita de mí. Y todo esto lo véis vosotros y no podréis negarme; pero yo soy malo, yo soy inmoral, yo soy desordenado. No tengo sentido común. Y efectivamente, soy inmoral, porque no acepto la moral egoísta, estúpida y acomodaticia. Soy desordenado, porque para cada hecho encuentro otra solución, para cada dificultad un nuevo proceder, porque no tengo clichés volitivos, emociona-

les, ni intelectuales; porque en cada caso pienso y hallo una nueva razón. Soy sin sentido común, porque obro independientemente, porque me rebelo ante las costumbres rancias, porque pienso al revés de todos los imbéciles, es decir, del mundo entero.

¿Habrá un hombre más genial y bueno que yo? Lo veo difícil . . .

¡Os escandalizáis de lo que oís! Ya lo creo. Estáis seguros de que hablo la verdad y teméis que os fulmine con mi palabra; tembláis porque podéis ser desenmascarados el rato menos pensado. Y para defenderos decís que soy orgulloso, vanidoso, fariseo. No podéis decir que miento y repudiáis la vanidad, el orgullo, el fariseísmo, porque como vosotros no tenéis el menor mérito, no queréis que lo tenga nadie. Y como yo lo tengo, a pesar de vuestros asquerosos deseos, no queréis que os lo recuerde. Sois ciegos que no queréis que haya luz para nadie; sordos que queréis privar de sonidos a los que poseen oídos; mudos que queréis coser la boca y arrancar la lengua a los que os recuerdan vuestra inferioridad con su sola presencia.

Insultadme, pegadme, encerradme en una cárcel o en un manicomio, matadme; pero nada conseguiréis. Soy superior a todos vosotros y siempre lo seré. Nadie me podrá quitar la superioridad. ¡Sí, recludme o matadme! Es lo que debéis hacer. Y aún así en vuestra criminal venganza quedaréis derrotados: pretendiendo hacerme un mal, me haríais un gran bien: me libraríais de estar corrompiéndome en vuestro contacto... Ja, ja, ja."

El corrillo escuchaba atónito, estupefacto. No atinaban qué decir, qué hacer. Los trasnochadores de las otras mesas, unos primero, otros después, habían ido acercándose y rodeando la mesa del orador. Las palabras que oían los llevaban de asombró en asombro. Estaban atónitos. Uno de los amigos de Adolfo

terminó por romper el silencio que siguió a la risa sarcástica y estentórea del inadaptado. Está loco, dijo. Es mucho el desvarío, añadió otro y un tercero insinuó irse del cabaret. Y su indicación se aceptó.

En sus andares vespertinos, acertó a pasar Adolfo por frente a la iglesia de la Gracitud Nacional. Filtrándose por el ramaje rico y exuberante de los castaños de la Alameda, llegaban a sus oídos los místicos seres de un coro majestuoso e innumerables rayitos de luz del altar mayor.

Sintiéndose atraído, él, ateo y descreído, por una fuerza misteriosa y decidióse a entrar al templo. Resueltamente atravesó la Alameda y confundióse entre la masa de los creyentes.

Millares de luces envolvían en una sola llamada los iconos de vírgenes, ángeles y crucifijos distribuidos con cierta regularidad entre la policromía de gasas y flores de artificio.

Centenares de voces al unísono elevaban su plegaria con fervor y su eco imponente llegaba al oído conmovido y maravillado por la fantástica y grandilocuente polifonía del órgano.

Las luces, la música y el incienso explicaban el absurdo de una religión imperante en pleno siglo 20, de ciencias y filosofía. Es que la muchedumbre dejase impresionar y narcotizar por el mito y la superstición hábil y astutamente impregnados de arte.

Adolfo, incrédulo e indiferente a toda práctica religiosa, dejóse también atraer por la emoción del arte, pero no cerró las puertas de su razón y pen-

saba tal cual en un espectáculo de ópera. Los ritos católicos eran simplemente una ópera antiquísima, gastada e insípida a fuerza de tanto repetirse y vulgarizarse.



Ante el gerente de una de las poderosas firmas salitreras, presentóse Adolfo en demanda de trabajo, llevándole únicamente los certificados que acreditaban su competencia y conducta. Bien pudo haberse provisto de algunas recomendaciones o presentaciones; pero no quiso recurrir a este expediente, propio de los ineptos. Aceptáronse sus servicios y fué destinado a la provincia de Tarapacá.

Sentía profundo horror a la vida provinciana, en donde las tradiciones, la intransigencia, los convencionalismos gravitan con mayor rigor; pero gustábale su designación. Iquique, érale una ciudad simpática, especialmente después de haber leído las deliciosas páginas que le consagra Eduardo Barrios en su excelente "Un perdido". Después de Santiago, Concepción sería la ciudad más grande de Chile, Valparaíso la más comercial, Valdivia, la más pintoresca, Antofagasta la mejor pavimentada; pero Iquique, érale, sin lugar a dudas, la más simpática de las ciudades provincianas.

Un amanecer de fines de Enero, fondeaba el "Ebro" en la bahía de Iquique.

Sin pérdida de tiempo, hacía su desembarque Adolfo y tomaba el Ferrocarril Salitrero para hacer su ascenso a la pampa, a la oficina de su destino.

El tren, como presagiando los horrores de las fauces del ogro colosal que devora víctimas y más víc-

timas— inmoladas en aras del Dios Oro— abandona tímidamente el puerto y asciende, dando tiempo a contemplar el hermoso paisaje de la ciudad sentada en una de las sinuosidades de la costa. Lentamente internase entre dunas, diríase que teme extraviarse en el desierto; pero una vez en él, resignado, esfuerzase, y vivificando su voluntad, acelera su velocidad, dejando atrás contículos de arena, que evocan enormes jorobas de camellos y dromedarios acostados para hacer frente al simón.

Un aire, cálido y sofocante hace difícil la respiración. Las ventanillas abiertas lo renuevan; pero la temperatura crece, más bien que disminuir.

Parejas de carabineros, lobos en acecho de la presa, ocupan algunos asientos de los vagones, gozan en saborear las reminiscencias del último festín y comentar con descaro sus atropellos. Un pensador argentino, provisto de los correspondientes permisos de propietarios y autoridades, ha dado conferencias a los obreros. En una de ellas ha cometido la imprudencia de llamarlos "compañeros" en presencia de los chacales de carabina y se le ha bajado de la tribuna a golpes y empellones, por haber abusado del permiso. Esta vez, el agitador, individuo que no puede hacer valer derechos ni leyes a su favor, expone sus ideas en otra oficina. La jauría ha husmeado sus huellas y corre en su busca para apresarlos. ¿Qué otra cosa pueden hacer aquellos hombres cuyas manos sólo sirven para apretar gatillos?

Afuera, salares y terrenos en erosión, acribillados por la dinamita hasta extraer el último rastro de nitrato, semejan un mar con infinidad de olitas en continuo rompimiento.

A trechos, centenares de cruces polvorosas y envejecidas con coronas destrozadas por el viento y deshechas en flecos, elévanse como mástiles de buques en el mar de arenas.

Las poblaciones, mejor dicho, los campamentos recuerdan las escenas del *Far West* y los *Cow-boys* de las vespertinas de los biógrafos. Rostros estropeados por los rigores del clima; facciones umbrosas y enfiebradas por la rudeza del trabajo y de las luchas diarias; caballos asidos a un poste y en espera de sus jinetes que apuran vasos de licor ante el mostrador de la taberna; tablados para escarnio de la libertad que podrían disfrutar los oradores; negocios de chinos... estropean la vista por todas partes.

En el vasto océano de la pampa salitrera, flotan buques, las Oficinas, en las cuales hay también pasajeros de primera, segunda y tercera clases, o sea, propietarios, empleados y obreros.

Curiosamente, iba observando Adolfo los nuevos panoramas y los nuevos hombres que hallaba por el camino.

Caída la tarde, descendía del tren en Buenaventura e instalábase en un carrito que, arrastrado por una mula, se deslizó sobre la línea tendida para facilitar el acarreo del caliche. En media hora más, deteníase el carrito frente a una gran construcción, la administración de la Oficina "Lucrecia", en la cual iba a trabajar.



En las pampas salitreras, a más del espejismo propio de la superposición de capas de aire de distinta densidad, prodúcese el espejismo económico. Obreros y empleados deslumbranse por el valor numérico de sus salarios, bastante más altos que los que sirven para cotizar el trabajo humano en las demás actividades, creen ingenuamente que su sacrificio de ir a remontarse en la pampa, desafiando las inclemencias de la naturaleza árida y hostil, se verá recompensado con una vida más cómoda que les permitirá el ahorro y la vuelta a la civilización y a la vida con un capitalito de reserva.

Ilusionados, renuncian a situaciones cien veces preferibles en las otras faenas y se dejan absorber por el desierto, donde no tarda en manifestarse el engaño. En la lucha a muerte por acaparar el oro, triunfa, como en todo, el más fuerte, el más poderoso, el que dispone de más medios, y es así como el administrador, el pulpero y los accionistas de Londres o Valparaíso usufructúan del trabajo del obrero y del empleado internados en las soledades del desierto. Ahí sucumbirán por débiles, por falta de astucia, porque se dejaron usurpar el gobierno por los audaces y porque permitieron la venta de la autoridad y no se mancomanaron contra la violencia de los poderosos.

Cada Oficina, convertida en un Estado omnipotente y al mando de sátrapas que no conocen más ley que su capricho, impone al asalariado las condiciones más oprobiosas y le niega rotunda y descaradamente los derechos que un documento centenario con el nombre de Constitución, dice garantizar a todos los habitantes del país.

El trabajador que cae en las garras del capitalismo salitrero pierde desde ese momento las apariencias de libertad que se ve obligado a dejar escapar el despotismo en las grandes ciudades. Pierde el derecho de reunión y no tiene facultad para federarse; su libertad de expresión estréllase ante los desmanes de los carabineros o la expulsión violenta de su trabajo; la amenaza perpetua: hambre y miseria, privalos de la facultad de leer libremente los diarios obreros, sindicados de subversivos. El despotismo salitrero no termina ahí. Complácese en crear una moneda propia para cada uno de esos pequeños Estados, y el níquel y el cobre acuñados ostentan pomposamente el nombre y aún la efigie del gran potentado. Violándose las más fundamentales de las leyes, niégase la libertad de comercio y de tránsito y se impide la entrada al feudo al modesto comerciante que se contentaría con ganar un 50 o/o menos que el salitrero.

El obrero pampino, como los de los tiempos medioevales, ha de moler su trigo en el molino de su señor, y ha de comprar todos sus comestibles y vestidos en el almacén del amo, en esas infames **pulperías**, a donde a cambio de alcohol o de mercancías recargadas muchas veces al ciento por ciento, van a parar todas las fichas con que se dejó pagar su trabajo. El dinero que se escapó de ser succionado por la oficina, no puede contarse como definitivamente salvado; pronto es absorbido por las tabernas y prosti-

bulos de las poblaciones vecinas. Ese es el ahorro, tal la economía de que hará uso el pampino.

Y la vida material no va en zaga: las habitaciones para obreros son simples cajones de calaminas (zinc acanalado para techos) con unos cuantos agujeros cuadrangulares que hacen los oficios de puertas y ventanas. Cada Oficina semeja un amplio presidio con casuchas fastidiosa y matemáticamente iguales. Unas cuantas hojas de zinc levantadas al apuro sobre el piso agrietado de los salares, he ahí la comedia del obrero del salitre!

Los largos meses de destierro voluntario a que se sometió Adolfo, le suministraron valiosas enseñanzas.

Tanto en invierno como en verano, hiciese el tiempo que hiciese, levantábase muy temprano a fin de estar puntualmente en su trabajo. Honrado, escrupuloso, fiel e infatigable trabajador, no se contentaba con cumplir con estrictez los quehaceres y deberes de su puesto. Hasta muy avanzado de la noche veíasele en su oficina trabajando con espontaneidad a horas extraordinarias, siempre preocupado de superarse, de dar el máximo de rendimiento a su organismo.

A las 19 o más entrada la noche, después de la comida, cuando sus compañeros se entretenían en el billar, el naípe o el Ping-pon, lo mismo que los Domingos mientras los demás se solazaban en el tenis o en el pueblo vecino presenciando un match de box, Adolfo leía, estudiaba y consignaba sus observaciones, sus ideas sobre el papel; nunca quiso perder un momento de tiempo.

El administrador de la oficina-- aunque en el fondo y a pesar de su radicalismo, era, sin lugar a dudas, un reaccionario.-- tenía inteligencia y sabía apreciar el mérito. Muchas veces discutieron y se agolporaron; la intransigencia del jefe llevólos en más de una ocasión al disgusto; pero pronto, la natural bondad del primero y la dedicación al trabajo del segun-



pleado, terminaron por reconciliarlos y por borrar todo resquemor.

Adolfo veía en su jefe una simple enfermedad, una neurastenia que, a veces, violentaba la afabilidad habitual de su administrador. Este, a su vez, reflexionaba a tiempo y convencíase de que, pese a su idealismo bolchevique, Adolfo era un empleado excelente, que jamás rehuía el trabajo y que, en todo momento, propendía al progreso de la Oficina.

No había de qué acusarlo, ni qué cargo hacerle, por más prolijamente que se escudriñara su vida. Su mismo carácter amable, atento, sencillo, independiente y cortés con todos, hacía simpático a quienes lo iban conociendo, por muy opuestas que fuesen sus maneras de pensar. De ser ambicioso o de doblegarse ante lo que repudiaba su razón, pronto y fácilmente habría escalado alturas y en breve se le habría confiado una administración.

Empero, Adolfo era altanero y celoso de sus ideas que eran su única norma. Habría preferido una nueva cesantía a una claudicación vergonzosa de algún ideal suyo.

Deseoso de conocer de cerca las miserias humanas, interesado por el bien común, anhelante de justicia y perfeccionamiento, convencido de la necesidad de una igualdad absoluta y atraído por los corazones puros y doloridos, muchas veces en sus horas de descanso mostraba sus preferencias por los obreros en cuyas casuchas iba a conversar como amigo sincero y leal, y recíprocamente su pieza era visitada a menudo por grupos de obreros que iban a escuchar su palabra cálida y convincente o a consultarle sobre los más variados asuntos.

El jefe y los compañeros de oficina no dejaban de ocultarle su enojo por la estrecha camaradería que guardaba con los obreros y hasta solían responsabilizarle por las faltas de respeto e insubordina-

giones provocadas más bien por la torpeza y autoritarismo de los que veían lesionada su respetabilísima persona.

Mucho más irritábase al ver su firma al pie de vibrantes artículos publicados en el diario de los trabajadores. Aconsejábale prudencia y pedíasele que no escribiera más ni se juntara con los obreros, que su tiempo lo dedicara mejor a jugar **poker** o **baccarat** en los salones de la administración. Así, decíanle, pasaría muy feliz. Pero Adolfo no había nacido para eso y rechazaba valientemente las proposiciones contrarias a su temperamento e ideas. “¿No cumplo yo con todas mis obligaciones en la forma más estricta?”, se decía. “¿Qué más pueden exigirme? ¿No soy, acaso, dueño de juntarme con quien me dé la gana y de emplear mi tiempo libre como más me plazca?”. Al contrario, mucho hacía al contenerse contra la inercia de su jefe. Había propuesto la fundación de un curso de conferencias para ilustrar a los obreros; pero el señor administrador, no obstante su bondad, sus anhelos de progreso, su radicalismo y reconocer como excelente la idea de Adolfo, la obstaculizó, porque los accionistas se habrían negado a conceder fondos para pagar a los conferenciantes! En este caso, sí, las conferencias habrían sido magníficas y todos habrían ofrecido su concurso desinteresado... El ideal de Adolfo se desvirtuaba y se deshacía ante ese escollo. ¿Por qué no se le dejaba entonces, a él, que quería sacrificarse, que fundara y sostuviera su curso? Toda la ayuda de los demás se habría reducido a una simple autorización.

La mayoría de los compañeros de oficina de Adolfo eran sencillos, modestos, buenas personas, aunque, por lo general, se amoldaban al medio y dejaban pasar las arbitrariedades sin protestar. Querían pasar cómodamente la vida, y, en esta forma, ciertamente, no hacían daño a nadie. Pero entre una veintena de empleados, así como hay dos o tres que saben proceder con hidalguía y corrección en todo momento, en el polo opuesto destacan otros dos o tres intrigantes y rastreros.

El buen natural y la hombría de Adolfo eran garantía de confianza y fidelidad y permitían que se le hicieran confidencias. De esta manera fué conociendo mejor a las gentes entre quienes vivía y se convenció de las malas artes empleadas por dos o tres arribistas y aduladores para surgir, a costa del daño a los demás. Cuando él mismo fué objeto de la intriga y de la calumnia, no se sorprendió. Demasiado conocía al provinciano ambicioso y fracasado que apelaba a todos los medios para introducirse en "sociedad" y conquistar unos miles de pesos casándose con la primera mujer que respaldada por buenas talegas de monedas, se atreviese a admitirlo como esposo.

Con miras egoístas y bajas acompañaba a Adolfo en sus visitas y conversaciones con los trabajadores, logrando a fuerza de hipocresía, introducirse en

ellos para espiar de cerca sus actividades. Juan Rodríguez, el intruso, hizo el amable con los obreros, a cuyas espaldas predicaba en su contra, dióles dos conferencias en las que pretendía mostrarse como socialista y en una de las reuniones terminó por pedir la declaración de huelga.

Adolfo, más sincero y reflexivo, levantóse en contra del falso amigo de los obreros e impugnóla su doblez, demostrándole cómo la huelga era impropio en aquellas circunstancias, los perjuicios que acarrearía a los obreros, y declarando que si bien era cierto que había mucho de malo en aquella oficina, no era éste el momento propicio para el movimiento.

Sus palabras persuasivas y sinceras, garantidas por todos los actos de su vida, dieron la preferencia a su opinión, contra la del advenedizo que, en connivencia con los patrones, sólo pretendía la ruina de los trabajadores. La huelga se evitó.

Vencido y humillado, Rodríguez juró vengarse de Adolfo; pero para su idiosinerasia de hipócrita sin escrúpulos, no fué esto un obstáculo que le impidiera abrazar cariñosamente a su compañero y tomarlo amigablemente del brazo al salir de la reunión.

Horas después, la intriga estaba tramada y ejecutada, y la vida de Adolfo en la Oficina hacía difícil. Solapadamente, falseando los hechos, degenerándolos y abultándolos, le acusó ante los jefes que aquella tarde Adolfo había proferido denuestos e injurias contra el personal de la administración, que había predicado la huelga a los obreros, insinuando aún se degollara al administrador y otros empleados superiores y, para colmo de su cinismo, agregó que todo esto se había evitado gracias a su palabra y actuación entre los obreros. Sembrada la cizaña, no tardó en fructificar.

La infamia triunfa con mucha mayor facilidad que el buen proceder, sobre todo cuando está de por medio la adulación. De nada sirvieron los antecedentes y conducta de Adolfo, ni las declaraciones de los obreros, desde todo punto de vista favorables a su actitud siempre digna. Creyóse en las intrigas del arribista y si no se tomaron medidas en contra del empleado calumniado, fué por miedo a su pluma y a lo que habrían sido capaces de hacer los obreros en defensa del compañero atropellado.

La ocasión exhibió al desnudo a otro de sus compañeros de oficina: Telésforo Méndez, cuya sola ambición era adular al jefe. Mientras el administrador distinguía a Adolfo y exteriorizaba sus simpatías y amistad, Telésforo deshacía en atenciones con Adolfo. Producida la nueva situación, ni siquiera conservó el saludo a su compañero. Adolfo reía de ese gran bribón de cuya lengua soez tantas veces oyera insultos para el administrador, a quien tanto adulara, y despreciaba la falsía del canalla que inventaba cargos contra el empleado en desgracia.

Adolfo sintióse mal, renunció a su puesto y bajó a Iquique, fortalecido en sus ideales y con un nuevo caudal de experiencias.

Su actitud digna y resuelta no había de ser malograda. La renuncia de su empleo en las lejanías de la pampa, llegó a significarle más bien una mejoría. A los pocos días de su llegada a Iquique obtuvo el puesto de corresponsal de una importante casa comercial. Por de pronto, hallábase en la ciudad, en donde podría vivir un poco más civilizadamente; su trabajo estaba más en armonía con sus inclinaciones; gozaba de más independencia y su sueldo en relación a los que se pagan comúnmente, podía considerarse como bastante bueno.

Desplegó la misma actividad, gastó los mismos afanes que en su ocupación de la pampa, dedicóse al trabajo con alegría y entusiasmo, y en breve gozaba de las simpatías y plena confianza del gerente.

La nueva ocupación dejábale tiempo y dinero libre, los cuales había que aprovecharlos debidamente.

Iquique, con sus cincuenta mil habitantes, no contaba con una revista; no ya de variedades o vida social, menos aún de ideas.

Un ideal que había acariciado largo tiempo convertíase en realidad.

Decidióse a publicar una revista, y a los quince días los infantiles gritos de los suplementeros ofrecían

el primer número de "La Linterna Roja", semanario sociológico, educacional y de actualidades, cuyos mil ejemplares agotáronse rápidamente en la ciudad y la pampa.

El periódico era una verdadera novedad para Iquique, cuyos diarios ocupan sus páginas en la politiquería lugareña, en reproducir alguno que otro artículo de la prensa santiaguina, en dar cuenta de la recepción de un calendario de alguna casa anunciadora, en informar sobre las personas que asisten a las vespertinas del "Municipal", los innumerables regalos que recibió la novia o las coronas que se enviaron a los funerales de alguna persona distinguida, y, muy especialmente, en los **matches de box, foot-ball**, etc. En "La Linterna Roja" se publicaban artículos educativos, se ensanchaba los horizontes de los lectores, dándoles a conocer el ideario moderno, se despertaba las conciencias, se comentaba en forma levantada los grandes acontecimientos mundiales, se propendía al cultivo del arte, se divulgaban cuentos y joyas literarios de autores escogidos, se informaba sobre los avances de la ciencia y, por sobre todo, no daba cuenta de los hechos de policía ni tenía el menor miedo a decir la verdad, así afectara a la primera autoridad o al más acaudalado de los magnates.

La revista no tenía avisos. Los pocos que tuvo fué perdiendo en los números sucesivos ya por la cobardía de los avisadores, ya porque el periódico no vendía sus opiniones de acuerdo con los intereses de los avisadores. Sin embargo, sosteníase por la gran demanda de sus ejemplares solícitamente esparcidos por el público.

Su director, Adolfo, sin dioses, religiones, partidos políticos, familia ni ninguna otra clase de trabas, mantenía su hoja valiente y libre entre las libres.

"La Linterna Roja" era la tribuna de los oprimidos y clamaba implacable y tenazmente ante ca-

da atropello, cada injusticia; defensora de la libertad, de la igualdad de la fraternidad verdaderas y amplias, atraía los odios de los magnates, de las autoridades que abusaban del poder, de los ricos que explotaban a los proletarios y era el blanco de las furias vicariales.

Cuando la ocasión era propicia y lo exigía la revista, ridiculizaba algunas *chifladuras*, como la masonería, la teosofía, el Ejército de Salvación, los *boy-scouts*, y esto le captaba la enemistad de los iniciados de estas sectas.

Fuertes intereses movíanse con frecuencia en su contra; muchas armas se esgrimían y de muchos recursos se echó mano para clausurar el periódico; pero la hoja salía siempre triunfante. La verdad y la valentía vencen a veces.

Repetidas ocasiones fué asueada, las mismas que los jurados declaraban no haber lugar a formación de causa. Nuevos golpes se asestaban y nuevas conspiraciones se tramaban; más todo inútil. "La Linterna Roja" penetraba en todos los hogares; en unos por simpatía, en otros por curiosidad, y los bandos de amigos y enemigos se agigantaban a cada edición.

Por algún tiempo, en la vida del ex-maestro, ahora empleado y periodista, el erotismo había abierto un paréntesis. Su traslado a Iquique lo cerraba y su libido era despertado por las insinuaciones de la ciudad.

En las cercanías de su oficina hablaban perfecta objetivación las "Dominadoras", en tres encantadoras hermanas cuyos amores reproducían los de sus protagonistas de la novela de López de Haro. La menor en quien la belleza llegaba al más alto grado dentro de la familia, por el tiempo de la llegada de Adolfo a la ciudad, alimentaba amoríos con un joven oficial de ejército, lo que no era óbice para que abrigara al recién venido con sus cariñosas miradas. Cada vez que pasaba Adolfo por frente de la ventana en que la chiquilla bordaba, cada encuentro en la calle o en el teatro, aquellos vivísimos ojillos acrecentaban las esperanzas de un idilio; pero en la plaza, en el paseo o a la propia puerta de la casa, el militar era la sombra de la muchacha, quien parecía complacerse en un flirteo con un galán de uniforme.

La coquetería de la chiqueta que, sin abandonar sus amoríos con el militar, insinuaba los de Adolfo, erigiase para éste en un problema que le proporcionaba muchas cavilaciones.

Aquel juego empezaba a molestarle y trastrocó su nacimiento amor en fría indiferencia.

Una noche en sus andanzas vagarosas por el "Camino", sintióse solo y reflexionó sobre el amor, mientras se alejaba de la ciudad bordeando las cambiantes orillas del mar rítmicamente creadas y destruidas por la resaca.

Con las manos cruzadas sobre la región lumbar y con la mirada perdida en lo infinito del mar, afiebrábase su cerebro y enlazaba atropelladamente sus pensamientos sobre el amor.

El encuentro con un amigo cuyo estado de alma sintonizaba en esos momentos con la suya, lejos de interrumpir le sirvió de estimulante. Era el único amigo del que podía confiarse y de quien se creía comprendido. Abrióle su corazón henchido de orgullo y amargura e hizole su confidente, sin otros testigos que una hermosa luna, un mar tranquilo, arenas inmóviles y parejas de crustáceos abandonando sus guaridas. Todos ellos, faltos de medios de comunicación, eran los únicos seres que no podrían traicionarle. Divagó largamente sobre el amor.

"Nada en el mundo como el amor para llenarlo todo, y nada más triste que el amor. Nada más horrendo, nada más abominable, nada más fatal!

Cuán felices vivirían los hombres sin el amor, qué venturosos serían si jamás oyeran su nombre, si nunca adivinaran, ni presintieran su existencia! No puedo pensar de otra manera. Los demás pueden continuar su glorificación del amor, porque nacieron adaptados a sus modalidades, porque son favorecidos por la dura ley del más fuerte que domina nuestra animalidad, porque tienen condiciones para ser amados en el mundo actual.

Yo nací inadaptado a esta vida; soy un ser superior, un super-hombre; me diferencio de todos los mortales, y esto me impide gozar del amor. Los hombres como yo necesitan otra clase de hembras que las que pululan en el mundo de hoy. Nací para querer a dios.

sas; hembras colmadas de perfecciones, de belleza acabada, de bondad sin límites. Y éstas no existen aún. Diógenes buscaba un hombre con su célebre linterna; yo con la mía voy en busca de una Mujer. Y no la encuentro. Y por esto, mis decepciones; por mis decepciones, mi tristeza; por mi tristeza, mi odio al amor.

Cuando encuentre la diosa de mis aspiraciones, entonces amaré el amor. Mientras tanto, vagaré y rodaré furioso o desesperado de decepción en decepción.

Yo no puedo querer a todas las mujeres, ni a ninguna de ellas: unas son feas, otras asquerosas, muchas ridículas, la mayoría imbéciles: todas imperfectas. ¿Podré hallar alguna vez una mujer plenamente bella, dotada de inteligencia y de sensibilidad exquisita? ¿Podré hallar la mujer digna de mi amor y la única capaz de adorarme?

Hay mujeres cuya belleza me ha fascinado y que me han desvelado, como a un niño el más precioso juguete, y, sin embargo, no eran dignas de mis inquietudes, de mis torturas amorosas! Otras han demostrado quererme, me han encontrado simpático, inteligente, bueno; pero ninguna me ha comprendido, ninguna ha podido adorarme. Sus delicados cerebros han sido incapaces de comprender mi valer. Y alguna que por casualidad me ha comprendido no ha sido bella.

Mientras aparezca la mujer ideal, ¡qué lindo sería que las mujeres bonitas de hoy no hablaran ni hicieran otra cosa que acariciar a su poseedor! Entonces serían los más bellos, los más afeccionados juguetes por los cuales podría dar mi vida. Pero por las actuales, seré avaro de mi más insignificante gota de sangre, que no la merecen. ¿Qué lo van a merecer mujeres que se vuelven locas por maniqués forrados en casacas azules con franjas rojas y botones amarillos, que sólo aspiran a satisfacer con sus deseos los de cualquier monstruo de cuerpo atlético; que quieren



aparejarse con individuos sin orgullo que se postran a sus pies o mentecatos que se dejan dominar; con mujeres que creen en todas las hipocresías de sus pretendientes, por más burdas que sean?

Individuos como yo no nacen para ser amados, porque tampoco nacieron para dominar ni ser dominados, para despotizar ni para inspirar lástima. La inteligencia, la sinceridad, el convencimiento del propio valer, la dignidad, como el desdén hacia la antropofagia, el alejamiento de la animalidad o un cuerpo bastante evolucionado con respecto al de un orangután o gorila, no son cualidades que puedan ser apreciadas por las mujeres de hoy.

Por esto, reniego del amor, de las mujeres, de la vida. Porque no puede haber más amor que a la mujer y a la vida. Porque la vida sin amor y sin mujeres no es vida. Porque la mujer sin amor y sin vida no es mujer.

Odio el amor, abomino las mujeres, detesto la vida, y estoy muriendo por vivir, odiando por amar y reniego de las mujeres porque las quiero tanto!..."

El confidente limitóse a oír. Siguió un largo silencio. Meditativos, deshicieron el camino andado y continuaron silenciosos.

Muchas veces el gerente de la empresa a cuyo servicio trabajaba Adolfo, demostrábale su aprecio distinguiéndole de los demás empleados y dándole pruebas de confianza, de las que nunca supo hacer uso indebido.

Interesado por hacerle más agradable la vida, procuraba persuadirlo en el sentido que aceptara ser presentado en el Club. Pero Adolfo jamás accedió. "¿Qué voy a hacer en un círculo burgués? No es ese mi centro", se decía. Al Club se va a jugar billar, dados, naipes o ruleta o a tomar licor, y él no sentía inclinaciones por estas cosas. No era un hombre de Club. No tenía inconveniente en jugar muy a lo lejos una partida de póker o de Chicago al cubilete o en tomar un vaso de cerveza o una vaina; pero para esto no se precisa ser miembro de ningún club. Por lo demás, ese afán de ingresar a los clubes sólo existe en los arribistas que van a conquistar relaciones sociales; pero para Adolfo los lazos de amistad debían proceder del espíritu y no del licor o el juego. En su espléndido aislamiento, siendo amigo del que buena-mente quería serlo y sin mendigar saludos de nadie, pasaba tranquilamente su vida. Demasiado trabajo tenía con su correspondencia y con su periódico para que le sobrara tiempo para aburrirse. En las horas de descanso bastábanle sus libros y su pluma. Para solaz de su espíritu, su violín, al que no había abandonado en

los más recios embates de la vida. Y luego el teatro, que constituía su verdadera diversión.

Gustábase ir casi a diario al biógrafo y prefería las vespertinas del "Municipal".

En los entreactos esparcía su vista por las extremidades de los balcones colindantes con el escenario, cuyas localidades son tradicionalmente ocupadas por las mujeres de vida libre.

Dijérase o supusiérase de él lo que se quisiera, ciertamente no era un corrompido; pero, sin lugar a dudas sentía afición por aquellas mujeres de rostros pintados, ojos de pecado y vistosa indumentaria. Y en esto no se diferenciaba en absoluto del resto de los varones. No había más distinción que su franqueza y la hipocresía de los demás.

En Iquique, más que en ninguna otra parte, puede observarse cómo los amplios salones de las llamadas casas de tolerancia, son el verdadero centro de reunión de autoridades, abogados, médicos, profesores, comerciantes, empleados, militares y jovencuelos sin profesión. A las salidas de los teatros, fácil es ver en las esquinas, viejos y jóvenes en espera de sus amiguitas de balcón con las que fueron a concertar la cita aprovechando la bienhechora penumbra que exigen las películas para su exhibición. Tampoco son misterio para nadie los desfiles de cortesanías a la hora del crepúsculo a lo largo de la calle Tarapacá y los carruajes que las siguen marcando el paso, mientras se presenta un **enganche**. A las orgías que ofrecen las dueñas de prostíbulos con ocasión de sus cumpleaños concurren directores de diarios, magistrados, profesionales e industriales seleccionados mediante atentas tarjetas de invitación entre los clientes más asiduos y generosos. Los automóviles, mal cubiertos con las cortinillas laterales y los reservados de Cavancha, del Chalet Suisse, de la Villa España, de la Quinta Roma o del Pretty Fort son a diario testigos de las

intimidades y amóros de casados, solteros y viudos, de padres con hijas casaderas y aristocráticas, ante las cuales aparecen rivalizando en castidad con el mismísimo San Antonio o el apático San Juan Bautista.

Adolfo reíase de la hipocresía ambiente y complacíase en desafiar sus iras, manifestándose franco y al desnudo en sus menores actos. Provocando el escándalo de los sátiros más desvergonzados que hacían de castísimas palomas cuando les convenía tal fingimiento, Adolfo dirigía casi con insolencia sus miradas a las aposentaduras de balcón y hacía la defensa de las mujeres malas, llamadas así por las buenas burguesitas, ignorantes de que aún entre las náufragas de la vida descúbrense corazones de oro.

Consideraba las cosas desde el punto de vista de la realidad y justificaba sus aficiones y preferencias por las mujeres públicas. En su carácter de tales estaban a su alcance, podía disponer de ellas y gozarlas sin pérdidas de tiempo ni dificultades. Las demás, en su calidad de privadas, eran inaccesibles o al menos su posesión demandaba mucho tiempo, peligros y compromisos. Bien podía, pues, considerarlas como si no existieran.

Las prostitutas, las ramera, las meretrices! ¡Pobres amigas tuyas! Adolfo las comprendía, las quería, las defendía, creía en ellas. ¡Pobrecitas! El las amaba más que a las demás mujeres. Ellas, aunque mal, habían roto con los prejuicios; pero no eran responsables de su error. Ellas podían dar la felicidad a los hombres de trabajo, a los sabios y a los artistas que no disponen de tiempo ni de las modalidades del conquistador de amores. ¡Cómo despreciarlas, si las otras mujeres son para los fatuos, para los necios, para los ricos, para lo ociosos? ¡Cómo, si en la actual sociedad se trafica con el amor en todas sus formas? El proletario, el artista, el escritor, sólo pueden comprar

amor al por menor en un prostíbulo; mientras los le-
más lo cotizan al por mayor en los salones.

Bien analizado el caso ¿qué son las prostitutas,
sino una empresa sostenida por un sinnúmero de pe-
queños accionistas? Los lujos y caprichos de las mu-
jeres demandan los millones de los acaudalados. La
gente de escasos recursos ha de contentarse con to-
mar una acción para mantener el lujo y la viscosidad
de esa hembra cuya sola fortuna no podría satisfacer.
En el fondo, la diferencia no iba más allá de la que
media entre una magnífica gródola Broadway que a
bajo precio nos da placer a partir de ser alquilada en
grupos de gentes que no se conocen, y un auto parti-
cular sólo asequible a los adinerados.

Por lo demás, la prostitución, mal que mal, im-
perfecta y defectuosa, es un paso hacia el amor li-
bre.

Sin embargo de su comprensión y hasta cariño
hacia las dispensadoras de caricias, no debía de re-
conocer Adolfo la otra fase del problema.

En más de un caso, aparecía de demeritado viles
y acreedoras al mayor desprecio; pero siempre deja-
ba lugar a las reflexiones y convencíase de que aún
en su bajeza eran inocentes. Las prostitutas, digno
fruto de nuestra civilización, engendradas, sosteni-
das y legalizadas por el régimen capitalista, no ha-
cen sino responder con creces a la infamia, a la explo-
tación, a la relajación del Estado burgués con el cual
se identifican.

Gobiernos y sociedades explotadoras necesitan
multiplicar los medios de opresión y explotación y han
recurrido también a la mujer. No les basta a sus pla-
nes la caterva de políticos, banqueros, militares y frai-
les. Necesitan también de la mujer. Es poco todavía lo
que explotan en esa enorme sociedad en comandita
los burgueses de frac y guantes amarillos, los burgue-
ses de charreteras y galones y los burgueses de sota-

na. Han creado una nueva clase explotadora: la prostitutas o burgueses de polleras.

Así pensaba de ellas más de una vez; pero siempre reaccionaba y terminaba por compadecerlas. ¡Pobres prostitutas! añadía. A pesar de todo, yo las quiero. No sólo son máquinas de explotación, sino también materiales explotados.

¡Pobrecitas, lindas mujercitas! proseguía. Ya habéis dado un paso decisivo, talvez el más grande. Habéis despreciado la sociedad que os desprecia; habéis comprendido que necesitáis vivir y gozar y ofrecéis vuestras caricias y vuestros cuerpos a quienes os pueden pagar, y así podéis vivir con cierta holgura, a veces hasta con lujo; habéis conquistado el pan y los vestidos que os negaba la sociedad cuando eráis honradas en su concepto. ¿Por qué no recorréis el resto del camino, sublimando vuestro pecado?

El salón de baile de uno cualquiera de los lenocinios de Iquique, es el sitio obligado en donde se cierran los banquetes que ofrecen los correligionarios a un político, los deportistas a los campeones o los amigos de todas layas al que celebra su día onomástico, cumpleaños, se ausenta de la ciudad o se despide de soltero.

El 19 de Marzo entre un nutrido grupo de amigos, juntamente con su gerente, asistía Adolfo a la comida que se le ofrecía a don José Marcelino Vargas, principal accionista de la empresa a la cual habían arrendado sus servicios. Aquella comida no tenía por qué constituir la excepción, así es que, tras las últimas libaciones y en medio de ¡hurras! por el festejado, repartiéronse los comensales en grupos de acuerdo con el grado de amistad que los ligaba y se esparcieron alegre y bulliciosamente por las avenidas que bordean los jardines del frontis del Chalet Suisse en busca de los automóviles que habían de conducirles a los barrios altos.

Protegidos por las sombras de la noche y exaltados por los excesos del licor, perdían los escrúpulos; amalgamábanse las edades y los estados civiles de todos, y cada uno aparentaba ser el más soltero entre los solteros y el más joven entre los jóvenes.

Con toda impudicia, apretujados en los vehículos, gritaba cada cual con mayor desenfado: "¡Echale, ñato, donde la Charo!"

—Nó, mejor donde la Clota.

—¿Donde la Gioco?

—Sí, sí, donde la Gioconda.

—Donde la Carmela, donde la Carmela, donde la Car-me-li-ta!

—Donde la Muerte del Cisne!

Los vehículos dispersáronse en veloz carrera y a los pocos minutos vaciábanse en los salones de las más afamadas proxenetas.

Adolfo y su gerente fueron a parar a casa de la Clotilde, a la que por economías en el lenguaje, llamábase simplemente Clota.

La semi-oscureidad y quietud del vasto salón cesaron con la llegada de los clientes; las lamparillas eléctricas bañaron de abundante luz la riquísima alfombra; los amplios espejos desparramaron sus reflejos y destacáronse los cortinajes y las decoraciones de los muros.

Las mujeres, recostadas muellemente en los divanes, desperzándose en actitudes incitantes erguían sus bustos ampliamente desnudos por las profundas escotaduras. Otras, atraídas por la bulla que se acentuaba más y más con los gritos de los hombres y las risotadas de las mujeres que encontraban pareja, empezaron a salir de sus alcobas y afilaban al salón en busca de flamantes amadores.

El pianista, cuyo homo - sexualismo delatábase tanto en su voz melosa y aflautada, como en sus modales estudiados y femeniles, atacó un *shimmy* de ritmos locos, lujuriosos; las parejas entregáronse al furor de la danza morbosa, epileptiforme, lasciva y el infernal barullo de la batería acabó por volcar el raciocinio, apujonear los sentidos y asentar el predominio de la lujuria, con sus cadencias etiópico-javanesas. Era el triunfo de la danza yanqui-africana!

Sentada sobre una grada que conducía del salón a un Hain, en actitud de meditación, descansaba una mujer. Adolfo había sido atraído por el rostro plácido, los ojos soñadores y el talle delicado de una morena, cuya hermosa pantorrilla cubierta en la blancura de una media de seda, exhibíase picarescamente por entre una voluptuosa escotadura de un elegante vestido de seda negra orlado de vivos rojos.

Ajeno a los saraos y reuniones de sociedad, para cuyo cultivo no disponía de afición ni de tiempo, no es extraño que Adolfo no supiera bailar. No obstante confiaba en su oído musical, en su agilidad y sobre todo, sintiéndose fuertemente atraído por los encantos de la morena, acercósele y la invitó a bailar, al mismo tiempo que uno de sus amigos, experto bailarín y frecuentador de salones, insinuábase en igual sentido.

La muchacha optó por Adolfo y tomándose de un brazo afirmó:

--Es mejor que baile con Ud.

Halagado por aquella preferencia, sintióse más confiado en sí mismo; pero replicó:

--Lo malo es que yo no se bailar. Yo no he bailado nunca.

--No importa, alguna vez tiene que ser la primera.

--Bueno, si Ud. se resigna a recibir unos cuantos pisotones...

--¡Qué ocurrencia! Yo le voy a enseñar y va a ver como baila lo más bien.

--Naturalmente, con una profesoreita tan dije, hasta los cojos bailarían.

--¿Sí? Parece que no me va a poder tomar el pelo, porque lo tengo muy corto. En fin, bailemos.

Dispusieronse para el *shimmy*, estrecháronse los bustos, fusionaron sus bocas en un beso goloso, inabarcable y confundieronse entre el resto de las parejas.

—¿No le decía yo? Lo más bien que baila.

—Sí, pero, porque Ud. me lleva.

Apagáronse los ecos del piano y de la batería y las parejas fueron repartiéndose por los sillones y divanes. Circuló un platillo en el que cayeron varias monedas para la música y luego una bandeja nutrida de vasos de cerveza, whisky, vermouht, menta y oportu que en un dos por tres fueron vaciados por la concurrencia.

En un sillón de una esquina descansaba Adolfo, y sobre él, estrechada en sus brazos, la morena que acababa de conocer. Se llamaba Lía y no era pensionista de la casa, a la cual acudía únicamente cuando la Clota la mandaba a llamar o en alguno que otro día. Vivía con su mamá en la calle de Serrano casi a la esquina de 21 de Mayo. Adolfo, por su parte, dióle también las señas de su casita de la calle de San Martín y pronto convinieron en que mutuamente irían a visitarse.

Adolfo sentíase feliz. Lía era una morenita encantadora y le llenaba su gusto no obstante su preferencia por las rubias. Aparecíale sencilla y buena. Los ultrajes de tantos hombres a quienes se entregara antes que a él no habían logrado corromperla. No habían dejado más huellas que un desprejuiciamiento muy de su agrado y una agradable coquetería.

La amplitud de su espíritu no podía obstaculizar su amor. Lía era lo que se dice una mujer pública; pero él la quería y ella se dejaba querer mostrándose siempre cariñosa y procurando mantener siempre vivo el afecto de su amigo preferido. Noche por medio convivían; bien era ella la que iba a dormir en casa de él o al revés. Nunca sintió escrúpulos Adolfo en salir por las tardes del brazo con su querida. Ni sus vestidos, ni sus adornos, ni su lenguaje, ni sus ademanes podían delatar que su amiguita vivía del comercio de su cuerpo.

El no era rico y no habría podido mantenerla para él sólo con el lujo y derroches a que Lía estaba acostumbrada en su vida galante. Además, ella parecía quererlo. ¿A qué tantos escrúpulos, que ni siquiera los guardan los pacatos y moralistas? ¿A qué hipocresías? Sin cuidarse del público, dábase sus momentos de solaz sacándola a pasear en auto, yendo a comer juntos en la Villa España o llevándola a un biógrafo de las afueras.

La gente podía decir lo que quisiera; pero no tenía por qué entrometerse en su vida. Lejos de arrepentirse o de sentir escrúpulos por lo que hacía, lamentábase que su educación y temperamento le impidiesen mayores libertades. Habría querido sacar a pasear a su mujercita a las doce del día por la Plaza Prat o por el "Camino"; pero no se atrevía. Dando al cinismo su significado filosófico, de cualidad de hombre absolutamente libre, despreocupado y despreciador de los comentarios populares, sentía no ser cínico. ¡Qué fastidio ser esclavo de su naturaleza y no poder ser y hacer lo que habría querido!

Como en veces anteriores, el nuevo idilio de Adolfo no fué de larga duración y a los dos meses vino el desencanto y de seguida su total quebrantamiento.

Fuera de los días que tenía consagrados a Adolfo, Lía gozaba de la más absoluta libertad y podía ir a donde quisiera o juntarse con otras personas, sin que esto diera lugar al menor de los reproches. Ni se había propuesto ni era posible obtener de Lía la exclusividad de su cuerpo dentro de las condiciones en que habían nacido, desarrollado y conservado sus amoríos. Esto lo sabía y lo comprendía demasiado claramente Adolfo, de manera que habría sido ridículo e ingenuo tratar de desviar o modificar hechos sujetos al riguroso marco del determinismo.

Lo que sí quería y procuraba a toda costa era no ser engañado.

No era tan egoísta como para exigir privilegios para él. Convencido de que el hombre es por naturaleza polígamo y de que la monogamia no pasa de ser un simple artículo de los Códigos, admitía que la mujer tiene igual derecho que el hombre para conceder sus favores a cuantos amantes tuviese a bien. Pero la franqueza y el cumplimiento de la palabra no son antagónicos con este orden de hechos y no podía aceptar desde ningún punto de vista que se le engañara. De otro lado, su orgullo no toleraba que se le opusiera a nadie.



En esta forma, cuando Lía le decía: "Anoche estuve con Fulano o con Zutano", no hallaba motivo de reproche y hasta le agradaba que usara de semejante franqueza. Ella sabía esto y procuraba complacerle. Como lo conocía, tampoco le insinuó jamás faltarle una noche para pasarla con otro.

Hasta ahora había acuerdo y todo marchaba a satisfacción. Pero llegó una noche en que los asuntos tomaron otro cariz y dieron al traste con la armonía que había imperado sin interrupción durante esos dos meses. Aquel Lunes, debía haber ido Lía a casa de Adolfo; pero, por más que la esperó, no llegó. Inquieto y preocupado por lo que podía haber ocurrido, levantóse a la una de la madrugada, tomó un coche y fué a casa de Lía.

Golpeó su ventana y apareció la mujercita con ánimo de disculparse. Le dolía tanto la cabeza y sentíase tan mal que no tenía valor para nada. Había decidido quedarse y tomar una aspirina!

La razón argüida no era del todo convincente para la perspicacia de Adolfo, quien pensaba que, de ser cierto lo que ella decía, bien podía haberle hecho pasar. Un airecillo penetrado por la ventana entre abierta provocó un estornudo en el interior, dando razón a sus sospechas. Indignóse; pero no quiso quedar en ridículo manifestando su enojo. Menos aún rebajarse al grado de mostrar celos. Disimulando su ira, despidióse con un: "Buenas noches, Hasta mañana".

Lía de su parte, dominando su turbación y en tono de enmienda, dijo:

—No te enojés, mi perrito; mañana estaré bien y te iré a ver bien tempranito por lo que no fuí hoy. Allá te contaré todo.

—Está bien. Hasta mañana, fué toda la respuesta de Adolfo.

Al día siguiente agravóse la situación, pues Lía volvió a hacerse esperar inútilmente. Ya no había disculpas que pudieran ser aceptables. Nuevamente, faltando a sus compromisos y posponiendo a Adolfo, Lía se había encerrado con otro hombre. Esto era intolerable y Adolfo acrecentó su enojo. El Miércoles anticipóse en ir a la casa de Lía, para evitar que ésta viniera según costumbre a la suya. Su indignación y su asombro llegaron al colmo al convencerse que esta vez encontrábase también con otro hombre.

Lía disculpábase y rogábale aceptara sus explicaciones y creyera en su sinceridad. Era la misma de antes y continuaba queriéndole. La necesidad la había tentado a aceptar la rara generosidad de un gringo que la había pagado doscientos pesos por noche y había que aprovechar tan excepcionales circunstancias. Además esa sería la última vez.

A Adolfo le era imposible contenerse, había perdido el control de su sistema nervioso. No obedecía a la baja pasión de los celos; pero indignábase por haber sido pospuesto y engañado, por haberse abusado de su buena fe y haberle faltado al cumplimiento de una palabra en tres veces seguidas. Cedieron sus reflexiones al apasionamiento y sus increpaciones crecieron en acritud, convirtiéndose en insultos.

La mujer, herida en su amor propio— que también lo tienen las meretrices— no supo soportar tanto rigor, cambió de tono y concluyó irritada:

—Bueno, no tengo yo por qué rogarte a tí ni a nadie. Si quieres crees lo que te digo y si nó, nada me importa. Ya sabes que soy una **chusca** y que tengo que ganarme la vida. No tengo marido. Sí, soy una p...

Abatido y con una desilusión más en su haber, regresó Adolfo a su casa. La fierecilla domesticada— se decía — tarde o temprano deja traslucir sus garras.

Su Lía, era mujer, tan mujer como todas las demás!
¿Qué se podía esperar de ella?

La reconciliación habría sido cuestión de uno o dos días más. Era seguro que Lía iría más tarde ó más temprano a tratar de justificarse y de conseguir el olvido de aquellas escenas.

De esto no tenía dudas Adolfo; pero sus resoluciones eran inquebrantables. Producido el desencanto, aunque aún la conservaba cierto cariño, no quiso saber más de ella y esa misma noche le escribió:

“Lía:

He querido tratarte como amiga; pero tú no has sabido corresponder a mi conducta que, persiguiendo la bondad, ha llegado al idiotismo. Por fortuna, ha triunfado en mí la reflexión y al fin me he dado cuenta de la realidad.

Querría hablarte en un lenguaje reposado y sereno; pero ya bastante me he dominado y en algo he de ceder a mi justa indignación.

Creía que las prostitutas eran dignas de compasión, de cariño, de todo lo bueno que el resto de la humanidad deja para las demás mujeres. Para mí no había diferencias marcadas y serias entre unas y otras; cada una se vende a su manera. La prostitución es lógico resultado de la actual estructura social en que todo se somete a pública subasta. Pero pronto ha venido el desengaño, al menos para ciertos casos.

Al hombre que tiene la profunda convicción de ser en todos sus actos, y por tanto contigo, el más sincero de todos, lo has engañado en la forma más hipócrita y canallesca al extremo de convertir su ecuanimidad en violenta indignación. Y ¿cómo no in-

dignarse si hasta de los cerdos se puede esperar gratitud?

Sea como sea, no puedo negar que te he querido, haya habido o nó la menor correspondencia de tu parte. Ahora debería odiarte; pero en mi ser no hay cabida para el odio. No puede haber venganzas ni bajezas de mi parte. Para algo tengo cierta educación. Ni siquiera debí escribirte ésta; pero es indispensable que te diga que para mí ya no existes y que te ruegue hagas igual consideración conmigo. Haz cuenta que jamás has oído mi nombre ni visto mi persona. Rompe esta carta y cualquier pedazo de cartón que pueda traerte mi recuerdo y olvídate de mí por todo el resto de la vida.

Seré sincero hasta el último momento y te confesaré que, si bien no han brotado lágrimas de mis ojos al escribirte estas líneas, he llorado en la forma como lo hacen los hombres, he llorado a secas. Y lo peor de todo es que no mereces mis lloros.

Finalmente, te agradeceré esta gran lección que he recibido de tí. En adelante, dejaré de ser cándido y no creeré en la bondad ni en el cariño de nadie. Este mundo sólo destila maldad.

Hasta nunca.

Adolfo”



La actitud decisiva y franca, la bravura de sus ataques, las vehementes polémicas, la sinceridad y valentía de los artículos de "La Linterna Roja" trajeron popularidad a Adolfo y su persona adquiría cada día más notoriedad.

Sus actos y sus escritos comentábanse en los clubs y en los corrillos donde nunca faltaban ciegos impugnadores de su labor frente a decididos partidarios que sabían sacar a flote su integridad moral a toda prueba, lo mismo que sus capacidades.

Cada día, sin buscarlos, conquistaba amigos entre los que iban conociéndolo y admirándolo, al mismo tiempo que perdía otros cuyo plano mental y cuyas inescrupulosidades hacíanse incompatibles con la amplitud de criterio y la corrección del proceder de Adolfo.

Entre sus admiradores, contábase una chiquilla tan linda como modesta y cuyos hechizos no demandaron mucho tiempo para conquistar los afectos del joven director de "La Linterna Roja". La iniciativa había partido de ella, haciéndose presentar por una amiga.

Amplia de espíritu e inteligente, cuanto puede serlo una mujer; hermosa y buena como pocas; sedienta de saber e interesada en el bienestar de los demás y, por sobre todo, con un cerebro dúctil y permeable, apto para recibir la semilla de los ideales

de redención y con un corazón generoso para hacerlos germinar y fructificar, la chiquilla, constituía para Adolfo el ideal soñado, el Mesías prometido de cuyo advenimiento ya dudaba su corazón, tantas veces maltratado en dolorosos derrumbamientos de ensueños y en repetidas desazones.

Tan exquisito hallazgo, determinando una crisis emocional, enfermó a Adolfo, es decir, le trajo un loco enamoramiento, porque el amor no es más que una enfermedad terrible, incurable, sin inmunidad posible.

Volvieron las noches de insomnio, los pensamientos fijos, las inquietudes, los sobresaltos. El amor lo tomaba, pese a sus descalabros de otrora, con más intensidad que nunca.

Su felicidad llegaba al colmo. Sentíase amado y comprendido y amaba a su vez a la muchacha que encarnaba su ideal. Sus conversaciones y sus ideas hallaban eco y florecían en esa alma gemela que poco a poco asimilaba las nuevas orientaciones y abandonaba los resabios de una viciosa educación, que no puede calificarse de otra manera a la que se da en la actualidad. Elma, conservando su feminidad, diferenciábase inmensamente del resto de las mujeres. Su amor a Adolfo, unido a su inteligencia y bondad, convertíanla cada vez más a las ideas de éste.

Ni Elma ni Adolfo creían en la necesidad del matrimonio y de buena gana habrían nido sus vidas libremente, a la manera heroica como Reclus, ese gran idealista, entregó sus hijas a quien las solicitara en matrimonio; pero Adolfo no quiso dar pábulo a las habladerías de la gente y prefirió hacer un pequeño sacrificio a sus convicciones en salvaguardia del buen nombre de su mujer ideal. Concurrió ante el oficial de Registro Civil y se casó. La renuncia al matrimonio religioso ya era algo ante

el farrago de fraílófagos cuyos matrimonios recibían meludiblemente la bendición de algún sacerdote.

Días antes, es cierto que Adolfo había dado una brillante conferencia a favor del amor libre, condenando todos los formulismos en las uniones sexuales, ya fuesen religiosos o legales. Sin embargo, no se podía hablar de una claudicación, pues sus ideales manteníanse puros e inviolables.

Pero él no tenía derecho ni podía permitir que la infamia de las gentes estigmatizara a su mujercita adorable por un simple acto al que no concedía la menor importancia. En efecto, la concurrencia al Registro Civil no tenía ante sus ojos la menor transcendencia. Los Códigos, absurdos y anacrónicos hasta no más, dirían lo que quisieran; pero para él en todo eso no había más que una simple inscripción, comparable a la matrícula de un establecimiento educacional y un mero dato estadístico con el cual podría acallar los gritos de la estulticia y la maldad de las gentes.

Los artículos de la ley le dirían que la mujer debía obediencia al marido y que aquel contrato era solemne e indisoluble; pero él no era hombre capaz de hacer uso de las ignominias hechas ley. Su mujer seguiría siendo libre y conservaría su personalidad; para el caso hipotético de un cambio de los acontecimientos, de un quebrantamiento en su fe o en su amor, no importaban los lazos de la ley, ni la falta de divorcio con disolución de vínculo. Se separarían tranquilamente, sin contribuir a la alimentación ni a los vicios de los abogados y agentes judiciales. Después de todo, aún el impedimento de un nuevo matrimonio de fracasarle las expectativas cifradas en el primero, bien pensado, significaba una ventaja. Si Elma no era la mujer que él creía, quería decir que ya no podía creer en ninguna otra y aquella indisolubilidad del vínculo matrimonial, le serviría de

garantía contra una nueva aventura que de seguro le habría ocasionado un mayor descalabro.

Elma y Adolfo vivieron en la mayor armonía dentro de su matrimonio.

Hasta entonces todo marchaba a maravilla en aquel matrimonio. Naturalmente, lo dicho no excluye alguno que otro disgusto, pues a pesar de lo original de las personalidades de Elma y Adolfo, tratabase de un hombre y de una mujer, y no podían escapar al rigor de las leyes sociológicas que gobiernan las relaciones conyugales.

Pero el hecho es que un buen día se notaron súbitas alarmantes en Elmita.

Ni ella ni su esposo eran tan necios ni tan ignorantes que anhelasen tener un hijo, dentro de las condiciones en que se encontraban. Ella, como es tan común en el actual sistema social, no había sido educada para el trabajo, de manera que no constituía un aporte económico. La mujer, hoy por hoy, y no por su culpa, es consumidor, antes que productor. Adolfo, aunque trabajaba cuanto podía, sólo disfrutaba de una modesta renta con qué pasar la vida con cierta comodidad y quizá con relativa holgura; mas, uno y otra sentían ciertas y poderosas inclinaciones hacia el lujo: ambos habrían querido todo esplendor para su prole. En tal trance, un hijo era la menos deseable de las cosas. Además, Elmita era una chiquilla de 15 años mal cumplidos y aún necesitaba completar su desarrollo y ser cuidada ella misma. ¿Podía estar para dar a luz y atender la vida de otro ser? De temperamento sensible y delicado, algo

enfermiza ¿cuánto habría padecido en un parto? ¿Y la dolorosa y fresca experiencia del atroz alumbramiento de su prima Mercedes?

El, instruído y reflexivo como pocos, con la sola luz de la razón por guía, era malthusiano, Preveía las consecuencias, miraba los sufrimientos que sobrevendrían a tres seres tan sólo por hacer caso de prejuicios. Era hombre capaz de afrontar las consecuencias o vencer los obstáculos. Púsose en guardia y agotó los conocimientos de la Química y de la Ontogénesis, con el objeto de evitar la fecundación.

A pesar de todo, lo que tanto habían temido y evitado durante un año de matrimonio, se produjo. La señal de alarma fué dada. Llegó el doceavo mes de vida conyugal y cesaron las menstruaciones que, según cálculos llevados con prolijidad, debía presentarse esta vez el 25 de Marzo. El flujo sanguíneo no apareció ni el 26, ni el 27, ni el 28, ni varios días después y las esperanzas decrecían cada día más rápidamente. ¿Habrían fallado los comprimidos y los lavados vaginales o la fecundación tuvo lugar en un descuido de alguna noche de apremiante erotismo?

Pasaron diez días y la duda desapareció. El embarazo era efectivo y había que combatirlo con energía. Era firme persuasión de Adolfo que no había nacido para padre y temía serlo. Fracasada la apioquina había que recurrir a otro medio de combate contra el óvulo que se negaba a abandonar los repliegues uterinos. Antes bien, náuseas, inapetencia, insomnio, caprichos inconcebibles aparecían y se acentuaban con insistencia.

El 25 de Abril, el embarazo era convicción plenamente demostrada. Al atardecer de ese mismo día. Elma y Adolfo fueron en consulta donde un médico hábil y comprensivo. Tras un prolijo examen, el doctor expidió su fallo: había embarazo y posiblemente el embrión tendría poco más de un mes.

Los jóvenes esposos se miraron y no pudieron disimular el disgusto que les producía ver científicamente comprobadas sus sospechas. Pero la desgracia les dió valor.

Dominados por una misma idea, ambos expusieron sus proyectos con simultaneidad. El médico sonreía y procuraba inspirar confianza. Era un profesional honrado, serio; pero además era comprensivo, conocía las crueldades de la vida y tenía el corazón dispuesto al bien, considerado éste ante la luz de la filosofía. Su profesión, la vida misma le alejaron de los prejuicios. Sabía que el aborto no era ni debía erigirse en sistema y que su uso no era recomendable, de la misma manera que no lo son las amputaciones ni la extracción de órganos. Pero, bien veía que un criterio elevado podía permitirse ciertas excepciones en razón de un bien mayor, o de un mal menor. Entre dos males ineludibles, no cabe discusión, hay que preferir el menor. Estimaba al mismo tiempo que el aborto, naturalmente en circunstancias muy limitadas, no tenía por qué ser materia de ley. Pero y esta misma ley ¿acaso no era letra muerta? Sus 25 años de práctica le hablaban de centenares de abortos, muchos de los cuales resultaban inofensivos y eran producidos precisamente por señoras santas y católicas que eran las mayores impugnadoras, las que se escandalizaban más que nadie, cada vez que oían hablar de él.

Practicada la operación y recibidas algunas instrucciones, Adolfo y Elmita volvieron a su hogar en espera de los acontecimientos. Esa noche y la mañana del siguiente día transcurrieron sin el menor contratiempo. Hacia la tarde, el malestar y los dolores de una fuerte menstruación preludiaron la proximidad del aborto. Horas más tarde, fluían las primeras gotas de sangre y el feto era expulsado con la mayor facilidad.

Por vías de precaución se llamó al médico, cuyos servicios no se hicieron necesarios y para mitigar los dolores de las consiguientes contracciones uterinas, la paciente guardó cama.

Dos o tres días más, todo peligro había pasado y el facultativo constataba la perfecta salud de la paciente. Sin embargo, Adolfo no consintió que su esposa abandonara todavía la cama.

La mejoría era visible a todas luces, cuando Elma empezó a sentir cansancio, abatimiento, agitación durante la noche, ligeras hemorragias nasales y progresivo aumento de la temperatura que se esforzaba por franquear los 40° centígrados. Otra vez hacía indispensable la presencia del médico y éste llegó a las pocas horas. El diagnóstico no podía ser más terrible. Se trataba de una franca fiebre tifoidea con todos los caracteres de gravedad.

Adolfo sufría en extremo y prodigaba los mayores cuidados a su mujercita; las visitas médicas se sucedían y su frecuencia era cada vez mayor. Abundaban los remedios y derrochábanse las atenciones. No se economizaba un centavo con tal de salvar a la enferma; pero el mal cundía y el peligro arreciaba.

Las juntas de médicos y la variedad de medicinas ensayadas iban al más completo fracaso ante la rebeldía del caso. Las manchas y roseolas crecían, la temperatura pasaba de los 40°, producíase una completa pérdida de fuerzas en la paciente. La alimentación era ya completamente imposible y sobrevino la muerte.

Acaso ningún marido sintió más intensa y hondamente la pérdida de su esposa, imposible de ser sustituida; pero el carácter reflexivo de Adolfo tomaba las desgracias con valeroso estoicismo. No se

entregó a los gritos, llantos artificiosos, accesos histérico ni ridiculeces de ninguna índole.

Su espíritu abiertamente refractario a las mentiras convencionales de nuestra civilización, hizo, esta vez, como siempre, despreciar toda clase de formalismos.

¡Para qué lutos, coronas, cortejos fúnebres! No rindió otro tributo a los convencionalismos que llevar con dos de sus amigos más íntimos, el cadáver de su esposa a un estúpido archivo de huesos y desperdicios humanos, que no era otra cosa a su juicio, lo que los demás bautizan pomposa y espeluznantemente de cementerio y esto porque no se trataba de un cuerpo. Sus propios huesos, de guardarse, lo serían en algún museo o anfiteatro para el estudio de las nuevas generaciones. Lo demás, después de una provechosa disección se quemaría como inútil. A qué podía conducir eso de almacenar millones de huesos y dehechos humanos?

El infortunado Adolfo a nadie dió motivo; pero esto no fué obstáculo para que todos lanzaran sus asquerosas murmuraciones y calumnias. El odio, la envidia, la maledicencia desencadenáronse sobre él y la ola pestilente tomaba cuerpo en la ciudad minuto tras minuto.

Cada cual hacía los comentarios a su sabor y antojo.

—Es un hombre malo, ¿no vé que no se ha puesto luto?—decía una anciana a su paso.

—Sí, y no ha llorado, ni ha tenido ataques, agregaba la otra.

—Si no la quería. Viera como dicen que la martirizaba. ¡Pobrecita, tan buena que era la señora Elmirta. Tan trabajadora, tan seriecita!

—No diga eso. Ella era otra igual a él. Una hereje. No iba a misa y hablaba de comunismo.

—¡Ay! señora Carmelita, ella no tenía la culpa de nada. Ese hombre es un infame. A mí nadie me quita que él la ha matado.

—Claro, eso no cabe la menor duda. No ve que era ateo y bolchevique.

Y en eso quedaron las señoras. En que el hombre más bueno en la realidad, era para las gentes el más malo de todos.

Adolfo sabía de estos y otros comentarios a cual más infame y canallesco; pero no le importaban. Continuó su vida tranquilamente sin preocuparse de la opinión ajena. Siguió asistiendo asiduamente a su trabajo, no interrumpió la salida de "La Linterna Roja" ni mitigó el tono altivo y sonoro de sus protestas. De vez en vez, dábase un paseíto y hasta se permitía escandalizar la santidad de las gentes asistiendo a espectáculos teatrales.

Eso sí, tenía que comunicar la terrible noticia a la familia de su difunta esposa que, por entonces, habíase trasladado a Valparaíso. Usando de su naturalidad habitual, en papel blanco que lo encerró en un sobre igualmente blanco, sin orlas de ninguna especie, relató el triste acontecimiento con todo laconismo, sin profundizar en detalles y con estilo exento en absoluto de lirismos y sensiblerías que mal se avenían con su temperamento sobrio, viril y ecuánime.

La respuesta no tardó en llegar. A los ocho días, lleno de indignación podía leer las acusaciones calumniosas y estúpidas que se le imputaban. Él era el causante de la muerte de Elmita; él, quien tenía la culpa. Hasta se le amenazaba con acción judicial para castigo de su crimen.

La indignación de los primeros momentos era risa al llegar a los últimos, y estalló en carcajadas de desprecio. Serían simples bravatas de viejas estultas y en último caso, no habría juez con menos de

dos dedos de frente, que las tomara a serio. (No sospechaba que los había con mucho menos).

Pronto pasó el mes en que los comentarios callejeros, después de su período álgido, declinaron y casi se extinguieron. Pero de improviso se conmovió la ciudad con la noticia de que el notable escritor había sido encarcelado y no por cuestiones político-sociales, única causa que hacía creíble su reclusión en esos lugares. Su moralidad era sobradamente conocida y su encarcelamiento era absurdo, inverosímil aún para sus detractores. Sin embargo, éste se produjo. Más de alguno de los magistrados judiciales le guardaba reconcentrada mala voluntad por la causticidad de los escritos que estremecían al público cada vez que la justicia era administrada injustamente. "La Linterna Roja" no era de la prensa que callaba, así se le ofrecieran puñados de libras esterlinas o tentadoras recompensas. La moralidad de los encargados de sancionar la ley se manifestaba al desnudo en la hoja de Adolfo, en forma tenaz, implacable.

Era, pues, el momento de la venganza. Después de todo, el procedimiento era el normal en las esferas judiciales. ¿Acaso los Tribunales de Justicia no son los encargados de vengar las faltas cometidas por tantos infelices movidos ciegamente por la iniquidad enseñoreada del mundo? Y los Códigos Penales, ¿qué son si no la venganza hecha ley? Había que aprovechar la oportunidad de amordazar el pensamiento de Adolfo, y se decretó su prisión.

Un hombre alto, gordazo, de maneras bruscas y cara hosca, se presentó con la notificación. Era realmente ridículo tanto despliegue de fuerzas para no más que apresar a un hombrecillo delgado y poco provisto de músculos. El heraldo hipopotámico, antes que asaltarle, hízole reír, y no era para menos. Las fuerzas policiales y las cadenas son para los cobardes. Los valientes van solos; basta para ellos una simple carta que

pueda venir por correo. Con toda tranquilidad púsose el sombrero, tomó unos cuantos libros y papeles y se apresuró en llegar a la cárcel.

Un cuartucho oscuro, asqueroso y tétrico era su nuevo domicilio y tendría que serlo quién sabe por cuánto tiempo. Ese mismo día pidió su excarcelación bajo fianza; pero no le fué concedida, pues este privilegio se otorga generalmente a los asesinos e incendiarios. Resignadamente esperó que se le juzgara.

A los 5 días se le hizo comparecer recientemente ante el juez. No llevaba más defensa que su energía y su inteligencia. Desde el día de su encarcelamiento llovieron los abogados a ofrecerle sus servicios; mas, ninguno consiguió sus propósitos. No estaba dispuesto a que nadie argumentara por él, ni a salvarse sirviéndose de argucias legales. Eso quedaba para los idiotas o para los criminales convencidos. El no, tenía la razón, era inocente y sabía hablar.

Días después, a las cuatro de la tarde, se reunía la Corte ante una sala desbordante de curiosos. Despertóse un interés inusitado por oír la defensa del escritor rebelde e indomable. Pronto llegaba Adolfo a presencia del tribunal seguido de un policial armado.

Fué interrogado sobre si su esposa abortó por medios artificiales; y él respondió que sí, pues tal era la verdad. Perfectamente pudo haber negado y dicho que sobrevino naturalmente a consecuencia de cualquiera de las causas que él conocía demasiado bien; pero su norma, ni su defensa podían ser la mentira.

—¿Las maniobras para la provocación del aborto fueron hechas por Ud. o por alguna matrona?

—Estuvieron a cargo de un médico competente que dejó a mi esposa en estado de completa mejoría. Su muerte se debió a un tifus, según consta en el certificado del facultativo.

—¿Cuál es el médico de que se sirvió para el aborto?

—No puedo contestar a esa pregunta. Yo solo asumo toda la responsabilidad.

Nuevamente insistió el presidente en la última pregunta, ya por medios persuasivos, ya por la amenaza de penas mayores; mas sin resultado alguno favorable al vengador.

—He dicho que no delataré su nombre. Es un caballero perfectamente honorable y justo y no habrá fuerza que me obligue a entregarlo en las garras de la ley. La ley es ciega, y él, un hombre reflexivo. Son dos términos incompatibles.

El furor de los magistrados, cuyos ojos saltaban de las órbitas y cuyos puños se crispaban, hubo que reprimirse ante tamaña entereza.

—Bien, ¿qué tiene que alegar en su defensa?

—Sencillamente, que soy inocente, que no he cometido el menor de los crímenes, que soy más puro que todos los que me acusan.

—Quiere decir que no hay defensa alguna para su delito. La ley es terminante. ¿Conoce algún artículo que le favorezca?

—Nada me importan las leyes. Mi única guía es la razón, y nada tengo que hacer con catálogos de normas impuestas por la hipocresía. Yo demostraré mi conducta conforme a la razón y no mencionaré las leyes para nada.

El tribunal asintió unánimemente que aquello era un temerario desacato y que no era posible continuar la vista de aquella causa que fué suspendida sin demoa.

Al obtuso y añejo criterio de la ley, a Adolfo le correspondía la pena de presidio menor en su grado medio. Los jueces descargaron el peso de sus odios y le condenaron a tres años de presidio.

En ningún momento, se había hecho ilusiones respecto a su absolución. La sentencia no hacía más que confirmar sus presunciones y su lectura no le inmutó lo más mínimo.

Fríamente entregóse a meditar sobre su porvenir. Todavía era demasiado joven y tres años habrían transcurrido bastante rápidamente. Pero ya la vida casi no tenía atractivos para él. Tantas desilusiones, tantos desengaños, tantos ensueños derrumbados, tantas ingratitudes! ¿Para qué? ¡Por el necio gusto de vivir.

Habíase adelantado en su nacimiento, y sus costumbres e ideología no se avenían con la hora en que vivía. Hoy, más que nunca, sentíase inadaptado, y privado de predicar sus ideales.

De amoldarse a la vida, de doblegar su pensamiento y su voluntad, de transigir con los convencionalismos y las hipocresías, habría triunfado en todo momento y habría podido vivir de lo más feliz.

Fácilmente habría podido ser malo; pero él se obstinaba en ser bueno. Bien pudo amoldarse al mundo; pero él prefirió amoldarlo a su ideal. A pesar de todas sus energías, sentíase impotente. No le queda-

ha otro remedio que eliminarse de este mundo, reducirse a la nada. ¡Cuánto habría querido creer en la trasmigración de las almas! Entonces, habría tenido un consuelo: renacer después de una docena de siglos, cuando el universo se gobernara por la razón y el amor, en una época, única en la que podía estar adaptado al ambiente. Pero bien convencido estaba de que tras la muerte venía la nada.

Resolvióse a morir y sobornando a un empleado de la cárcel consiguió un frasco de láudano, cuyas gotas apuró con decisión. Los demás dirían que el suicidio era una cobardía; él lo estimó como su liberación definitiva. El mundo diría que se mató; él moría sabiendo que la sociedad lo mataba por inadaptado. Cuánta razón hallaba al pensador que dijo, no recordaba dónde: "Feliz quien no nació nunca. La muerte es preferible a la vida de la que es preciso deshacerse".

El opio de la poción infiltrábase en sus nervios y en su sangre, destruía la sensibilidad, desataba los lazos de comunicación con el mundo externo, sumíale en la inmovilidad, adormecía y terminaba por aniquilarlo.

Cuando los carceleros pasaron al siguiente día por su celda, encontraron su cadáver. La inteligencia, la sensibilidad y la voluntad que habían generado las células de ese cuerpo, habíanse destruído. Por primera vez el mundo no se había levantado en su contra. Quiso aniquilarse y en efecto, redujose a la nada.

FIN.



